

**MICHEL FOUCAULT Y EL DISCURSO LITERARIO**

JOSE OSNEY VELANDIA RODRIGUEZ

CODIGO: 2010938

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

2006

# **MICHEL FOUCAULT Y EL DISCURSO LITERARIO**

Monografía para optar al título de:

**FILOSOFO**

**JOSE OSNEY VELANDIA RODRIGUEZ**

**CODIGO: 2010938**

**PRESENTADO AL PROFESOR:**

**MARIO PALENCIA**

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS**

**ESCUELA DE FILOSOFÍA**

**2006**

## **AGRADECIMIENTOS**

**A mamá, a los compañeros, al olvido del recuerdo.**

## RESUMEN

TITULO: MICHEL FOUCAULT Y EL DISCURSO LITERARIO

AUTOR: JOSE OSNEY VELANDIA RODRIGUEZ

PALABRAS CLAVES: Literatura, Discurso, Discontinuidad, Positividad, *Epísteme*, *A priori*.

### DESCRIPCIÓN:

Este proyecto aborda el problema de construir un texto filosófico. En Michel Foucault (1926-1984) hay un discurso de las ciencias y en esta medida, no resulta inapropiado buscar en su obra, los vestigios de un discurso literario. El primer Foucault de los 60`s es un analista de la literatura y de los laberintos del lenguaje.

La literatura como discurso de la discontinuidad es un acercamiento al sueño antropológico, anunciado en *las palabras y las cosas*. Sin embargo, las conclusiones halladas en *Arqueología del saber* denotan la producción de un discurso metodológico, donde es posible ejercer el dominio sobre el lenguaje.

El pensamiento de Foucault proviene de una triada conformada por los autores: Borges, Nietzsche y Blanchot. Su lado de la metafísica lo acerca a la tradición filosófica que proviene de Kant; como científico se aproxima a Canguilhem y como artista se ubicará del lado de Artaud. Si se ha hecho alusión a los autores es para convertirlos en personajes de la historia, y con esto, se ha llegado a la ciencia. La Historia revela para los contemporáneos, el encuentro con el ser del lenguaje o con el hombre mismo. El discurso antropológico sustentaría una ciencia, tan discontinua, como la constituye el discurso literario. Las secciones del contenido obedecen a una interpretación foucaultiana del lugar común por donde transcurren los discursos: La literatura

---

\*Proyecto de grado

\*Facultad CIENCIAS HUMANAS Escuela FILOSOFIA Director Mario Palencia  
Codirector

## ABSTRACT

TITLE MICHEL FOUCAULT AND THE LITERARY SPEECH

AUTHOR JOSE OSNEY VELANDIA RODRIGUEZ

KEY WORDS: Literature, Speech, Discontinuity, Positiveness , Episteme, A priori.

This project approaches the problem to construct a philosophical text. In Michel Foucault (1926-1984) there is a speech of sciences and in this measurement, it does not turn out unsuitable to look for in his work, the vestiges of a literary speech. The first Foucault of the 60`s is an analyst of the Literature and the labyrinths of the language.

Literature as speech of the discontinuity is an approach to the anthropological dream, announced in the words and the things. Nevertheless, the conclusions found in Archaeology of the knowledge denote the production of a methodological speech, where it is possible to exert the dominion on the language.

The thought of Foucault comes from triada conformed by the authors: Borges, Nietzsche and Blanchot. Its side of metaphysics approaches it the philosophical tradition that comes from Kant; as scientist comes near to Canhilhem and as artist is located of the side of Artaud. If reference to the authors has become is for turning them personages of history, and with this, it has arrived itself at science. History reveals for the contemporaries, the encounter with the being of the language or the same man. The anthropological speech would sustain a science, so discontinuous, as it constitutes the literary speech. The sections of the content obey to a foucaultiana interpretation of the common place by where the speeches pass: Literature

---

\*Degree Project

\*\*Faculty HUMANIDADES School FILOSOFIA Director Mario Palencia  
Codirector

## TABLA DE CONTENIDO

- I. INTRODUCCIÓN
- II. PREFACIO: GEOGRAFÍA
- III. EMERGENCIA DE UN A PRIORI HISTÓRICO
  - a) Semejanza del Renacimiento
  - b) Representación Clásica
  - c) Historia Moderna
- IV. ESPACIO CIENTÍFICO DEL LENGUAJE
  - a) Prosa Ontológica
  - b) Gramática General
  - c) Filología
- V. EL SER LITERARIO
- VI. BIBLIOGRAFÍA.

## I. INTRODUCCIÓN:

### ENTRE LAS LUCES Y EL DELIRIO

*“-¿No está usted seguro de lo que dice? ¿Va usted de nuevo a cambiar, a desplazarse en relación con las preguntas que se le hacen, a decir que las objeciones no apuntan realmente al lugar en que usted se pronuncia? ¿Se prepara usted a decir una vez más que nunca ha sido usted lo que se le reprocha ser? Se está preparando la salida que en su próximo libro le permitirá resurgir en otro lugar y hacer burla como la está haciendo ahora: No, no, no estoy donde ustedes tratan de descubrirme sino aquí, de donde los miro, riendo.*

*-¡Cómo! ¿Se imaginan ustedes que me tomaría tanto trabajo y tanto placer al escribir, y creen que me obstinaría si no preparara –con mano un tanto febril– el laberinto por el que aventurarme, con mi propósito por delante, abriéndole subterráneos, sepultándole lejos de sí mismo, buscándole desplomes que resuman y deformen su recorrido, laberinto donde perderme y aparecer finalmente a unos ojos que jamás volveré a encontrar? Más de uno, como yo sin duda, escriben para perder el rostro. No me pregunten quién soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trata de escribir.”<sup>1</sup>*

Me hubiese gustado, más que reflexionar un tema específico, dejarme arrastrar por un impulso primigenio que condujera mi mano hasta terminar de transcribir mis ideas básicas, más inconscientes, más profundas. Me hubiese encantado que por una peripecia literaria se apoderara de mi voluntad el espíritu francés de Michel Foucault. Me hubiese fascinado recorrer con él todo su discurso de la historia, de la filosofía, de las ciencias del lenguaje. Hubiese querido sentarme a su mesa y que con su meticulosidad y erudición diera luces a este trabajo que pretende encender

---

<sup>1</sup> FOUCAULT, Michel (1979) *Arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino, SIGLO XXI, México. 28,29. En adelante se hará referencia como Arqueología.

algo de su fuego discursivo. Ahora sólo anhelaría haber asistido a alguna de sus clases, haber podido beber directamente de él.

Tal vez así podría afirmar que las siguientes consideraciones han retomado por completo al pensamiento *foucaultiano*. Tal vez esa sería la demostración de un proyecto eficaz que intente analizar la obra de este autor, pero como de él nos queda sólo aquellos documentos de su puño y letra. Todo ese conglomerado de textos que su genio nos ha legado. Tendrá que ser a partir de estos desde donde deba partir cualquier impulso por atrapar algo del aún enigmático Foucault.

El trabajo de este autor se enfocaría sobre tres ejes que no dejarían de relacionarse, jugar el uno con el otro y permanecer en estrecho apareamiento: saber, poder y subjetividad. Estos serían los grandes puntos a los que se orienta y trata de hallar la mirada *foucaultiana*; contando siempre con el aporte gigantesco que la historia le puede dar y echando mano de cuanto registro pueda encontrar, este francés logra llevar el pensamiento al plano de la interdisciplinariedad. Como puente se halla casi entretelado en él todo el campo de las disciplinas y de las ciencias. En sus libros se encuentra un nuevo camino que nos conduce a inusitadas cuestiones, dejándonos casi desnudos al filo del límite insondable. Entretelando y reforzando cada vez toda la historia de las ideas y de los grandes pensadores de la humanidad para hacer brotar su propio método, su arqueología.

Este trabajo deberá resaltar todo el enfoque del saber. Se pretende penetrar el mar de la arqueología *foucaultiana* para hacer aparecer, tratando de desprender de su base fuertemente

atada, toda esa estructura que ha usado el discurso para mantenerse a través del tiempo y para seguir actualmente sosteniéndose como pilar de una cultura y fuente primera de todo conocimiento. Se quiere hacer centellear, con el máximo resplandor que Foucault le ha dado, todo el brillo inagotable, la luz que continua emanando de los libros. En últimas, porque hablar de saber es ya sostener un diálogo entre literatura e historia.

Por más viejos que los libros puedan ser, por más incendios, naufragios, holocaustos, encierros, condenas que hayan podido padecer. Por más que repitan una voz que ha pasado de boca en boca por muchas generaciones; aun cuando tan sólo reflejen la apariencia ya acabada de la similitud, el libro sigue guardando eso que lo hace signo y que lo incluye en nuestra experiencia, en la historia de lo mismo.

Queremos hallar el recorrido que ve acontecer al discurso literario. Queremos ser partícipes de su nacimiento. Desde la turbulencia del primer grito y la opacidad de los primeros trazos para luego remontarnos y ver tal cual y como hoy se nos muestra la literatura. Queremos poner en evidencia el ser del lenguaje mismo, como es concebido desde su origen hasta su retorno. Queremos atravesar las líneas de *Las palabras y las cosas* para ver en ellas los distintos tonos que la historia ha filtrado acerca del lenguaje que se escribe. Buscamos el desgarramiento que ha sido necesario para que hoy nos encontremos de frente ante las ciencias del lenguaje. ¿Cómo fue necesario el estudio serio y dedicado de este impulso libre de sólo charlar? ¿Cómo se reunieron los textos del pasado para condensar un discurso que fácilmente logra romper con todo orden? ¿Cómo es recibido un discurso que justifica la locura y no deja de conducirnos al delirio haciendo retumbar

todos los pilares de lo mismo? ¿Cuál es el poder que hace transgresora a la literatura; pero que, sin embargo, sigue permaneciendo anclada y protegida por su cercanía con el saber y con todo ese conocimiento que nos puede brindar?

Son las letras las que nos devuelven a la dura razón pero también son ellas las que podemos desordenar y reacomodar a nuestro antojo. La multiplicidad del lenguaje que se reconoce con el paso de la historia y del hombre que busca completarse: la penetración total en las cosas para encontrar en ellas más que la simple exterioridad eso que nos ocultaban y al mismo tiempo manifestaba su esencia. El discurso es el vivo reflejo de un orden en el pasado: ¿Pero cómo se logra esta trasvaloración del discurso? ¿Qué acontecimientos llevan a replantear determinado discurso para darle nuevas luces y disponiendo cambios a sus más íntimas relaciones? Aprovechemos ahora que ya se ha mencionado una de sus obras más relevantes para traer acá sus propias palabras que nos ubican en el salto de una época a otra, el borde del límite en nuestra cultura occidental que se ha podido presentar en las distintas disciplinas que se constituían como ciencias:

“El fin del pensamiento clásico- de esta *episteme* que ha hecho posible la gramática general, la historia natural y la ciencia de las riquezas coincidirá con la retirada de la representación o, más bien, con la liberación, por lo que respecta a la representación, del lenguaje, de lo vivo y de la necesidad. El espíritu oscuro pero obstinado de un pueblo que habla, la violencia y el esfuerzo incesante de la vida, la fuerza sorda de las necesidades escapan al modo de ser de la representación. Y será duplicada, limitada, bordeada, quizá mistificada, y en todo caso regida desde el exterior por el enorme empuje de una libertad, de un deseo o de una voluntad que se dan como envés metafísico de la conciencia. Algo así como un querer o una fuerza va a surgir en la experiencia moderna- constituyéndola quizá,

señalando en todo caso que la época clásica se termina y con ella el reinado del discurso representativo, la dinastía de una representación que se significa a sí misma y enuncia en la serie de sus palabras el orden dormido de las cosas” .<sup>2</sup>

De esta manera nos anticipa sus intenciones de buscar un orden lejos de la estructura representativa, mostrando un vasto horizonte que hace estallar ante nuestra mirada. Busca los rastros del pasado pero queriendo minar esta anclada figura de lo “mismo” para que lo “otro” surja a su libre voluntad, trayendo a la vida la olvidada diferencia. Así, el fin no llega a ser sino un nuevo comienzo que trae consigo inimaginables playas por conquistar.

Hay en las obras de Michel Foucault un marcado interés por el lenguaje. En especial por un tipo tal como el literario. Aunque busque la coherencia en sus argumentos y la lógica en sus ideas, tratará siempre de reducir las ecuaciones a figuras y sus razonamientos serán arrastrados de nuevo por las delirantes paradojas. La literatura convive, casi en el profundo discurso de las disciplinas trabajadas en *Las palabras y las cosas*. No se podrá afirmar que es ella la que prima de manera única en el análisis realizado en este libro. Al contrario, el discurso literario está por construirse en medio de la Biología, la Economía y la Filología.

Este lenguaje de las figuras se desvanece ante la propiedad expuesta para aquellas disciplinas. Por momentos, se pierde ante el descubrimiento de nuevos artefactos, de nuevas tierras fronterizas y de otros sistemas de análisis. Sin embargo, vuelve a relucir en los momentos culminantes en los cuales es necesario que sus metáforas allanen el camino hacia la discontinuidad histórica. Y es

---

<sup>2</sup> FOUCAULT, Michel (1997) *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. Elsa Cecilia Frost, SIGLO XXI, México. 206,207. En adelante se hará referencia como Palabras.

que la literatura permite conservar en su esencia una ruptura para el lenguaje. La literatura es siempre una posibilidad para romper con el orden de la tradición y adquirir una transformación del lenguaje instaurado. El lenguaje literario tiene la capacidad de instalar, siempre otra vez, la fábula en el discurso.

Me interesa ampliar en estas páginas tres conceptos centrales y que considero de fundamental valor dentro del marco de la obra del filósofo francés. A partir de su interés siempre renovado por el saber y por todas las cuestiones que de allí derivan se podrían desprender tres temas de los que se pretende realizar, más que una ligera descripción, un profundo análisis crítico: Discontinuidad, Discurso y Ciencia Literaria.

Este será un recorrido teórico que pretende atravesar y entretelar varias de las obras del autor francés. Más que ilustrar este camino lo que se hará con los textos y las citas será hilar puntada a puntada una serie de reflexiones que remitirán directamente a los siguientes escritos: *El orden del discurso* (1970); un texto dirigido a sus estudiantes, al público que habría seguido su carrera hasta la llegada al *Collège de France* y donde logra reunir en una sola voz toda esa fuerza discursiva que lo hubiese guiado hasta las conclusiones de sus trabajos precedentes. Sin duda es en *Las palabras y las cosas* (1966) donde se vislumbra con nuevas luces el material de su trabajo como profesor y erudito de la cultura occidental; es en este libro tan trágicamente intelectual, donde Foucault se ubica en un vértice que lo separa de *Nietzsche*, de *Marx*, de “los analistas” y donde da sus primeras sacudidas a “los estructuralistas”. Pero será hasta *Arqueología del saber* (1969) cuando sus intenciones se muestran un poco más claras y precisas, y donde nos deja de

manifiesto el sentido determinante que le otorga a su método arqueológico: un trabajo más cercano a la lógica sin dejar de cruzar las ciencias y volviendo a reevaluar sus tesis anteriores para hallarse de nuevo fuera de toda casilla en la que se le quiera encerrar. Por último, se le presentará en un papel algo más aventurero que riguroso, pero siempre igual de enfático; recogiendo las consideraciones que sobre la literatura emitiría en obras como *Historia de la locura en la época clásica* (1961), y en una recopilación de ensayos publicada bajo el nombre de *Dites et écrits* (entre 1964 y 1969), que en su traducción al español, hace parte de tres volúmenes de sus obras esenciales, titulado *Entre filosofía y literatura*.

Hasta aquí, tan sólo la apertura de un amplio marco donde se alcanzan a dibujar las primeras proposiciones *foucaultianas*: algunas reflexiones un tanto formales y que, sin embargo, pretenden servir como punto de partida al momento de ingresar a la bibliografía ya enunciada. Hemos presentado someramente el asunto que nos interesa tratar: El Saber. No se puede dudar que en todas sus obras nos ha hecho notar su inacabable visión del saber, su luz irradia incluso hasta el afuera de la historia. Por esto, al obtener la triada Saber, Poder y Subjetividad resulta problemático querer aislar una de sus partes como independiente rescatando su experiencia como única, pero que se instaura dentro de una triplicidad totalizante. El Saber del que se habla aparece, aunque en bocetos, en las obras, que podría decirse, ven su arribo al mundo en los años de su juventud; los cuales se podrían enmarcar dentro de la década del sesenta, que iría desde 1961 con la edición de *Historia de la locura* y que culminaría en 1970 cuando recita su discurso de inauguración de su clase sobre *La historia de los sistemas de pensamiento*. En el intermedio de estas fechas se hallaría una serie de afirmaciones alrededor del problema de las ciencias del

lenguaje: del análisis literario, de la crítica trascendental, del discurso histórico; para llegar a delinear las fronteras de un sujeto doble en vías de su desvanecimiento, de su transfiguración. Foucault descubre que el rostro del hombre tiene la capacidad de mutarse y asimilar dentro de *lo mismo* la figura de ser siempre *lo otro*. Con él se asiste al surgimiento de la otra noche: un lugar más allá del inconsciente donde se ubica la posibilidad de invertir las bases y permitir la expansión de las rejas del conocimiento.

Debemos abandonar entonces, en nuestro estudio sobre las obras de juventud *foucaultinas*, a uno de sus proyectos. Éste sería *Nacimiento de la clínica* (1966), pues el objetivo del texto desborda las intenciones específicas de las líneas presentes. Además, obviaremos sus escritos sobre *Nietzsche* y *Rousseau*, pues, a pesar de identificar en ellos el tema del discurso literario, deberíamos profundizar en la obra de estos ilustres nombres dejando de lado lo esencialmente *foucaultiano*.

Tal como Foucault lo afirmaría, en una serie de entrevistas realizadas al autor por *Roger-Pol Droit* durante el año de 1975, en la década del sesenta aun su mirada no encuentra el vínculo adecuado que hallará más adelante con sus trabajos acerca del poder. Pero es en este período donde trata de librarse con algunas discusiones del pasado, que lo invitan incesantemente al discurso literario.

Con la publicación de *Vigilar y castigar* (1975) se inicia su período en que descubre en el Poder la realización del individuo. Podemos atar esta obra muy de cerca con *Voluntad de saber* (1976) donde determina por completo la posición del Poder en la búsqueda de la subjetividad. Otro giro relevante en la temática de nuestro autor es realizado una década después, casi a puertas de su muerte. Un estudio al que le dedicó sus últimos años donde trataba de hallar en los clásicos greco-romanos una *Historia de la sexualidad* (Tomo I: 1976, Tomo II: 1984, Tomo III: 1984. Tendremos que advertir que el proyecto inicial consistía en cinco tomos de esta historia de la sexualidad, pero quedaría inconcluso por su lamentable fallecimiento).

La verdad que nos revela Foucault lleva incrustada la posibilidad del otro, de la negatividad simple, de la no-verdad. Una verdad inacabable, rodeada por nuevas maneras de mostrarse, cubierta por otras posibilidades igual de esenciales. Se halla en Foucault un hombre a-histórico capaz de redistribuir la continuidad del tiempo para dar luz a un afuera de la conciencia: las múltiples ventanas que el absoluto no deja de seguir abriendo para el sujeto.

De acuerdo con esto, se afirmaría que todo discurso, las disciplinas y las ciencias podrían un día no ser tratadas como se les hace hoy. El lenguaje cambiante surge en las fronteras de la mutación. Esta allí la discontinuidad de un discurso tan libre como lo es el literario. La duplicidad en el pensamiento de una época. Se puede ver en la historia la presencia de un orden que se le atribuye al discurso para justificar su posibilidad de poder. En distintas épocas el pensamiento ha dejado ver la capacidad del lenguaje para abrir las puertas de la reflexión hacia nuevas grietas que descubre el mismo sujeto en el conocimiento sistemático de su acción. La figura de nuestros

autores sería usada por la arqueología como prueba histórica de la muerte de una época a través de sus triadas. Desde *Kant*, luego *Hegel*, para seguir con *Husserl*. O de otra manera y de nuevo, con *Nietzsche*, seguido de *Marx*, para finalmente hallarnos con *Freud*. También, dentro de *Hölderlin- Nietzsche- Heidegger* se podría ubicar una triplicidad arqueológica del discurso. ¿Y cómo se ubica a Foucault dentro de estas triadas de la multiplicidad del pensamiento histórico? Comenzando, debemos citar a G. *Canguilhem*, quien hace aportes desde las series matemáticas para que las ciencias se determinen de acuerdo con escalas micro y macroscópicas. Otro gran representante del cambio de pensamiento, del que Foucault hace parte, no es otro que G. *Bachelard*. Él logra traer los puntos de divergencia al plano del conocimiento detectando las incidencias de las interrupciones dentro de un campo epistemológico, como actos y umbrales epistemológicos. Con ellos hablamos de un tipo de racionalidad al que M. Foucault le da acogida en los textos que ya he citado y donde se deja ver una brecha: una transgresión del individuo llevando a que la conciencia hegeliana considere nuevos caminos y de esta manera burlar a la teleología del absoluto. En los textos *foucaultianos* de los años 60s se hallan las ideas básicas de la literatura; a demás, una salida del totalitarismo y la opresión, junto con una salida al principio absolutista *hegeliano*.

Y de nuevo, para salir de esta triplicidad conduciéndola hasta sus límites, tomando a M. Foucault como la tesis, tendríamos que enfrentar su posición, con respecto a la literatura e incluso con la pintura, frente a su discípulo G. *Delleuze* y su pensamiento de repetición invertida, para desde la literatura llegar al cine; siempre ilustrándose con los mitos para que las raíces busquen otros caminos a través del laberinto. Y entonces tendría que aparecer, más allá de Foucault, y casi

enfrente de *Delleuze*, la imagen de *A. Artaud* con su estetización del hombre doble. Cómo irradiación de un espacio que dibuja Foucault, *Artaud* representa al artista lleno de expresión; un deslinde con la conciencia para traer a ella la sombra de la locura.

Así que, en nuestras alturas, considerar la teoría como algo acabado y echado a menos podría ser una de las formas más convenientes para evitar el pluralismo y el libre pensar de nuestra época. Dudar de todo su brillo sería conducir nuestra conciencia al incesante delirio. Si la palabra escrita, el registro y el documento no han logrado capturar al mundo, por lo menos han conseguido duplicarlo, llevarlo a otras esferas. Entonces, la sociedad no podría definirse bajo conceptos tales como “legalidad”, “tradicición”, “intransigencia”. Un diagnóstico cultural no podría darse en una sola dirección. Siempre habrá un entorno al cual recurrir, siempre habrá una frontera que cruzar.

De nuevo una cadena de interrogantes ¿cuál es el lugar común del lenguaje? ¿Cómo se ha manifestado nuestro encuentro con la lengua, con el hablar, el escribir, el leer? ¿Cuáles son los signos de la evidencia de las ciencias del lenguaje? ¿Cuál es el espacio que ocupa la literatura dentro de la *episteme* occidental? ¿Será un lugar discontinuo donde el discurso literario sufra una trasvaloración admitiendo su entrada al orden de *lo mismo*? ¿Cómo se refleja esta idea en la realidad de una cultura como la latinoamericana? Intención ambiciosa que deberá someterse a los textos *foucaultianos* siendo sólo a través de ellos por los cuales se podría contagiar algo de luz para este proyecto. ¿Será, acaso, la literatura el punto más finito de la razón humana?

Pero, aún sin avanzar, antes tendremos que aclarar algunos aspectos de la posición *foucaultiana* de la historia. Sin lugar a dudas, por medio de Foucault, la historia se ve como imbordeable, múltiple y discontinúa. La discusión acerca de las pretensiones históricas en el método arqueológico se desvanece en el mismo espesor arqueológico, de sus referencias quiméricas. Se observa la historia en un doble nivel: en el espacio positivo de la representación y en el suelo negativo de la discontinuidad. Una dialéctica que fluye frente a una contra-fuerza indomable. Una paradoja que escapa al discurso formal. De un lado, la historia se resume en una lista de autores y de títulos que justifican archivos y ordenan sistemas. Por otro, sólo una justificación volátil del simple ejercicio humano de escribir. La noche profunda de la literatura encuentra su aurora y, a la vez, su ocaso en el perturbador momento de la razón.

Puntualmente, de lo que se hablará aquí será del lenguaje y de las diferencias necesarias de superar para enfrentarnos ante la literatura. Con *Las palabras y las cosas* nos veremos sobre el suelo de la historia en sus variables y cómo se constituye en ella un saber propio para el discurso literario. Con *Arqueología del saber* se hallará el cúmulo de unidades que hacen posible una formación discursiva en los territorios de la literatura. Despojado de todo valor histórico, el discurso literario ha sido olvidado y abandonado en los fríos estantes de la biblioteca universal. Pero si tratamos de recomponer la fluidez del lenguaje, saldrá a flote la fuerza racional que proviene de la literatura. Si bien es cierto que el discurso literario guarda su origen en las oscuras fábulas de las viejas mitologías; justo estas sombras difusas para el conocimiento serán las portadoras de un amplio campo racional que irradiará en los límites de una nueva época.

La discontinuidad del discurso literario guarda, en una mezcla casi irreconocible, dos estratos en los que se halla la separación del pensamiento y la historia. Dos niveles que marcan el paso del deseo hacia su realización concreta bajo las formas del poder. Una duplicidad en el plano del saber que se ejecuta en el poder y que reunidos permiten delinear la concepción de una subjetividad histórica o una historicidad. Algo así como una dialéctica de la conciencia histórica que permite revelar la aparición de una ciencia literaria. Se trata del paso de la fábula, como concepto del deseo, al discurso como objeto del poder. La discontinuidad de la historia muestra la entrada del delirio en los terrenos de la razón. Trataremos de responder si la literatura obedece como consecuencia superficial de otras unidades más consistentes; o si ella por sí misma es ya una particularidad reflexiva independiente.

A modo de objetivo, el presente proyecto buscará las bases filosóficas de un autor tan complejo como Michel Foucault. Sus trabajos están cargados de una innumerable fuente literaria, la que es necesario desarmar y poner en discusión. Los temas que se encarga de analizar son abordados desde una rigurosa mirada histórica, pero al mismo tiempo, se someten a una reorganización que los trae a la vida en este contaminado suelo contemporáneo. Aunque los planteamientos *foucaultianos* no se ubican directamente en los territorios de la filosofía, es indiscutible su cercanía con el conocimiento. A través del concepto, tan frecuentemente renovado en sus textos, presentado como discurso, logra conformar una sólida defensa a la apertura hacia lo otro.

El discurso ha sido el hilo que ata al lenguaje con su posibilidad de pensar la diferencia. Es así, como en Foucault ya no hay una separación entre filosofía y literatura. Los fundamentos del

discurso justamente indican la capacidad de las disciplinas para llegar a construir la misma ciencia. Son múltiples las direcciones y las relaciones que pueden realizarse por medio de la lectura de nuestro autor francés. No obstante, como se ha advertido, aquí se efectuará un estudio de las ideas, que de la literatura, se han podido hallar en las obras foucaultianas de la década de 1960. El valor de estos documentos radica en las condiciones que ilustran una conciencia de la posguerra y en el planteamiento de un pensamiento sin celdas, ni condiciones restrictivas, como lo puede llegar a concebir la literatura.

## II. PREFACIO: GEOGRAFÍA

¿Cuál es el punto desde donde parte toda discusión *foucaultiana*? Se aventuraría a afirmar, tal vez con anticipación, que el lugar desde el cual Foucault siempre habla es el del lenguaje. No es otro que el mismo balbuceo que se ha incrustado en una cultura como la nuestra: en una cultura occidental. Se le ha dado a los libros y al estudio de estos, una mirada particular que coincide con una disposición de nuestra *episteme*. La idea *foucaultina* ya nos muestra lo que podría denominarse o constituirse como una historia, una cultura, o tal vez, el espíritu de una época. La mirada de esta *episteme*, como lo muestra el estudio arqueológico, ha delineado el marco desde donde un sujeto se pronuncia. De aquí un infinito resplandor de interrogantes.

*Las palabras y las cosas*, de entrada, nos plantea las variantes de nuestra cultura puesta en relación con otra, como lo podría llegar a ser, y desde luego lo es, la cultura oriental. De un extremo a otro, en las líneas iniciales del prefacio, se ubica tal vez, una contienda entre dos severos contrincantes: de un lado la enciclopedia china con el encanto exótico de su pensamiento. En esta enciclopedia se nos presenta un tipo de clasificación de los animales, que usa la serie alfabética, que va de la *a* hasta la *n*; aunque permanece atada entre sí con un lejano y oscuro sentido, guarda su significación en la singularidad que conserva. Lo que se permea por encima de esta seriación oriental, no es otra cosa que una extraña distorsión en un nivel superficial, un espacio negativo para nuestro lenguaje occidental, y que sin embargo, encuentra un tipo de orden en la significación. Se preguntaría entonces, acerca de ¿Qué es lo que separa esta clasificación

oriental de nuestro pensamiento occidental? ¿Podría hallarse en el intersticio que separa estos pensamientos una disposición condicionada por el lugar geográfico desde donde hablan? ¿Nuestro discurso depende del lugar geográfico que ocupemos?

Pero, sin prisa, pues no podríamos continuar sin haber presentado a nuestro opuesto rival en la contienda del prefacio. Nuestro oponente no es otro que *Borges*, pues es él el padre de la cita oriental. Es mediante su literatura como se nos manifiesta un tipo de clasificación tal, donde se dijera que:

“los animales se dividen en a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que se acaban de romper en el jarrón, n) que de lejos parecen moscas”<sup>3</sup>

¿Qué hace esta inquietante enciclopedia china en las manos del argentino *Jorge Luis Borges*? ¿Cuál es el fondo que permite ver este encuentro de pensamiento? ¿Cuál es el interés de Foucault al dar vida a esta cita justo en las primeras líneas de su obra? Buscar la justificación exacta de unas líneas precisas no saldría del encanto que despierta al hallarse ante su encuentro. Y sin embargo, el fondo que se requiere no sería otro que la misma provocación que proviene del lenguaje.

Lo que hemos descubierto es la inversión de nuestro enfrentamiento. La relación entre texto y autor está a punto de girar en múltiples direcciones. La cita oriental no sería otra cosa que el escenario donde se libra la lucha entre los que se han develado como nuestros contrincantes de la

historia. Como en un dobles metafórico, el texto asume de nuevo otras condiciones para ser citado y buscar de nuevo la forma de ser interpretado en un acontecimiento diferente, y quizá, lejano. Aquello que tengan en común Foucault y *Borges* sería su interés en la cultura oriental. La misma inquietud de lo otro. Una satisfacción por vincular toda exterioridad. Entre Foucault y *Borges* acontece una discontinuidad cuyo marco reposa sobre los terrenos del discurso literario. Una discontinuidad entre lo uno y lo otro, es decir, la diferencia entre la semejanza y la duplicidad.

Se ha enunciado someramente lo que podría constituir una discontinuidad entre dos sujetos de la historia. Las figuras de Foucault y *Borges* se vinculan mediante la cita de la enciclopedia, a través de su compleja red de orden es posible hallar en un mismo territorio a estos insignes pensadores de las letras. Entre los dos se muestra una condición particular acerca de un mismo tipo de lenguaje, que a pesar de permanecer como otro lejano, sigue manifestando una inquietud singular. La distancia geográfica que separa la enciclopedia china de *Borges*, podría ser mayor que la que separa a *Borges* de Foucault, y no obstante, sus miradas convergen en un escenario simultáneo cuya sobrepoblación es conocida por todos: la literatura.

Para no perder el hilo que guía estas páginas tendremos que advertir que no se tratará de construir aquí una historia de la literatura buscando en sus amplios archivos para clasificar desde allí una serie de autores y títulos. Más bien, se tratará de sondear el ser de la historia pero siempre contrapuesto en una discontinuidad, esa historia que vio acontecer un tipo de discurso tan

---

<sup>3</sup>*Palabras.1.*

múltiple en su mismo ser como lo es el literario. El asunto que nos convoca, indaga sobre la mirada de una *episteme* particular cuya base se fundamenta en el interior de sus libros; el saber occidental da cuenta de un modo de ser a su propia literatura, que permite el estudio de un discurso propio. Con todo el placer que puede producir el saber, permítanme presentarle un episodio que recrea la discusión de estos pobres enunciados. El maestro Foucault nos dice:

”Me gustaría recordar una anécdota sobre este tema de una belleza tan grande que nos estremece que sea verdad.

Concentra en una sola figura todas las coacciones del discurso: las que limitan sus poderes, las que dominan sus apariciones aleatorias, las que seleccionan a los sujetos que pueden hablar. A comienzos del siglo XVII, el taikun<sup>4</sup> había oído hablar de que la superioridad de los europeos en cuanto a la navegación, el comercio, la política, el arte militar- se debía a su conocimiento de las matemáticas. Deseó ampararse de un tan preciado saber. Como le habían hablado de un marino inglés que poseía el secreto de esos discursos maravillosos lo hizo llevar a su palacio y allí lo retuvo. A solas con él tomó lecciones. Aprendió matemáticas. Mantuvo, en efecto, el poder, vivió largo tiempo. Y hasta el siglo XIX no existieron matemáticos japoneses. Pero la anécdota no termina aquí: tiene su vertiente europea. La historia quiere que ese marino inglés, Will Adams, fuese un autodidacta: un carpintero que, por haber trabajado en un astillero naval, había aprendido geometría.”<sup>5</sup>

Podemos hallar en una cultura particular el ordenamiento de un discurso que pretende dar valor a su espíritu, y de esta manera, funcionar como defensa, y hasta como ataque hacia otras culturas. Lo que se quiere manifestar es una condicionalidad del discurso de acuerdo a una posición geográfica desde donde se pronuncia en una cultura. Quizá la tarea de Borges, en este texto *foucaultiano*, es la de vincular de una forma universal un discurso y un tipo de pensamiento. Desde oriente hasta occidente, es innegable la influencia del uso del lenguaje para una cultura y

---

<sup>4</sup> Emperador Japonés.

como cada una de éstas han sabido aprovechar su propia lengua para permanecer, a través del tiempo en una particularidad aislada pero siempre en relación con otras culturas fronterizas. Salta de inmediato la cuestión sobre que tan occidental sería *Borges*, y desde luego, que tanto de la tradición europea se ha incrustado en la naciente América Latina. Superficialmente se diría que basta con estar presente este autor como inspirador de *Las palabras y las cosas*, para darnos cuenta de la infinita herencia que ha recibido nuestra América de toda la erudición europea.

Aquello que nos atemoriza y que nos produce asombro al enfrentar otro tipo de pensamiento, no es otra cosa que la invitación a expandir el nuestro. Lo que se revela es el límite que nos mantiene aislados de la posibilidad de un afuera. Nuestro rechazo por vincular el pensamiento del otro radica en el miedo a perder las fronteras del nuestro. Y sin embargo, ese pensamiento que permanece afuera nos sigue produciendo un poderoso encanto: la pasión por la aventura de lo desconocido. O simplemente, un espacio abierto a la capacidad de mutarse y de ser, a pesar de lo mismo, siempre otro: otro latente que aguarda justo al borde de lo que somos y que espera pacientemente el tiempo de su enunciación, la llegada del tiempo en que será vinculado en las acciones de lo mismo. Nuestro rechazo proviene de la imposibilidad para perder las bases y dejarse arrastrar por otros mares, hacia otras costas. Tal vez el hombre se ha creado en una *episteme* que trata de permanecer en tierra firme a pesar de estar enfrentado por la fluidez de la historia variable, que una y otra vez lo conduce a lo otro de la diferencia. La *episteme* es la que ha delineado una cultura, una tradición; pero se ha tenido que librar esta *episteme* con las embestidas de una discontinuidad que siempre tratará de conducir la mirada hacia lo inexplorado,

---

<sup>5</sup> FOUCAULT, Michel (1970) *El orden del discurso*. Trad. Alberto Gonzalés Troyano, lección inaugural en el

lo inexorable, lo insospechado. El enigma de una época próxima volverá a poner en duda la aparente racionalidad.

Pero el prefacio no se detiene en la inquietud exterior de una posición geográfica. Pretende ir más allá en busca de un origen para esta sorpresiva cuestión. ¿Cómo es posible que en estas culturas tan visiblemente diferentes se muestre un interés particular por el ordenamiento del discurso? Tal como lo muestra la anécdota del carpintero matemático no es una diferencia vacía la que separa una *episteme* de otra, y no por estar alejadas en la distancia de sus hemisferios las hace inmunes a un mismo objetivo. Indiferente de la posición que ocupe una cultura en el globo terráqueo, cada una le ha atribuido al discurso determinadas formas de valor. No se puede ocultar la capacidad que un discurso bien ordenado tiene para sostener a una *episteme* en la cumbre de su pensamiento y de allí se explica porqué a toda cultura le ha interesado el dominio de cuanto discurso transite o surja de manera desprevenida, pues su motivación es siempre apropiarse de él, no sólo por su corteza, sino queriendo extraer su savia más pura.

Aunque se admitan los grandes poderes del discurso sólo pocos han conseguido acceder adecuadamente a los métodos discursivos. De aquí que para algunos resulte superfluo encargarse de empresas llenas de quimeras, mientras que otros encuentren en la utopía, la razón de su existencia. Pues aquellos se conforman con un trozo del pastel, tal vez, la más ligera capa que los mantenga seguros en su tranquilo lugar; mientras que estos desean hallarse fuera de todo lo antes visto, para que mediante tropiezos lleguen al invisible lugar donde las cosas y lo que se sabe de

ellas ocupen un espacio común. Tal vez hablemos aquí de *Will Adams*, o de *Cristóbal Colón*, o de muchos otros visionarios que se arriesgaron a navegar en lo desconocido para hallar en las profundidades todo el brillo de lo nuevo.

Lo que Foucault tiene para mostrarnos, en las cortas páginas del prefacio, es la importancia de desarmar la mirada y librarse de todos los preceptos de una tradición, para aventurarnos en hallar un orden propio a las ideas que hemos heredado. Desarmar la mirada y simplemente nadar con nuestros sentidos desnudos. ¿Qué quiere decir esto? Será el acceso a un espacio maravilloso donde reine la fábula, para encantar desde allí el filo recto del lenguaje, y por tanto, se trata de darle un origen propio al discurso. Hablamos de la apuesta por el orden mismo de las cosas, sabiendo que es este:

“A la vez, lo que se da en las cosas como su ley interior, la red secreta según la cual se miran en cierta forma unas a otras, y lo que no existe a no ser a través de la reja de una mirada, de una atención, de un lenguaje; y sólo en las casillas blancas de este tablero se manifiesta en profundidad como ya estando ahí, esperando en silencio el momento de ser enunciado”<sup>6</sup>

Entonces, lo que todo visionario buscaría es el lugar común donde se hace posible el comienzo mismo. Desde un tablero de ajedrez que sirve de suelo a toda posible estrategia, hasta la mesa de trabajo de un investigador con su lupa y su sombrero pero que guarda en este rectángulo tan concreto y cerrado toda la pluralidad de lo posible. Lo que se ubica aquí es el espacio del discurso. Se busca el lugar común desde el cual se pronuncia el lenguaje y donde parte toda clasificación. Se piensa, aquí, en la diferencia que permanece, y es en el juego que mantiene ésta

con la semejanza donde se instaura la posibilidad de todo orden. El orden permite articular el espacio del lenguaje y desde allí tendrá que partir todo discurso. Este lugar es habitado por el orden mismo y, sin embargo, siempre contrapuesto por la diferencia e inmerso en la materialidad con su realización negativa. Y es en esta comunidad donde no habría ni sacrificio, ni mártir, pues se trata del mismo espacio donde habita el silencio y lo dicho. El espacio que se abre proviene del arte y se produce con su apertura. El orden en un escritorio o en una mesa de cocina es el lugar común donde el arte puede siempre desplegarse o simplemente estallar.

Quedarían un par de preguntas en el tintero ¿Cómo un discurso histórico puede hacerse literario? Y desde aquí ¿cómo es posible que en un discurso de la literatura pueda reflejarse en un discurso político? Se quiere hallar a la literatura como el puente que permanece anclado entre la historia de la humanidad y la política del sujeto. Es la literatura el medio que comunica a estas ciencias y donde convergen, una y otra vez, para que a través de la literatura se abra paso la misma filosofía. El discurso convierte las simples ideas en ciencias puras; y por esto todo discurso imparte un tipo de orden para cada ciencia específica. Tal modo de lenguaje da acogida a todas las disciplinas científicas. Es así como el orden del discurso literario, justo en su base, se hace más múltiple y variado, pues de allí surgirá toda posible reflexión sobre el lenguaje y sobre el hombre. Lo que no se cansa de mostrar Foucault es que con el paso de la historia, el discurso ha ido construyéndose a sí mismo, para hallarnos ante la idea de una ciencia moderna como lo es la literatura.

---

<sup>6</sup> *Palabras.5.*

### III. EMERGENCIA DE UN A *PRIORI* HISTÓRICO

Lo que acontece con la aparición de la literatura, en la época moderna, es el retorno del ser propio del lenguaje; como sí mediante ella reapareciera el recuerdo de la historia que se dejó atrás. La vida de la palabra depende ahora de la historicidad de la literatura. Este ser vivo del lenguaje se oculta en los documentos antiguos y llenos de esa historia que los condujo hacia un renacimiento, donde vieron la luz de una similitud con el mundo; luego una edad clásica que pretendió librarse del contenido confuso de las quimeras, mediante la representación, sometiendo todo orden posible a la *mathesis* y a la taxinomía, como base de la razón y de toda clasificación verdadera. Pero fundamentar el rigor de una ciencia representativa no sería suficiente para atrapar el ser vivo del lenguaje. Por el contrario, éste es quién se ve castrado, y casi mutilado, por la dura verdad del clasicismo. No obstante, una vez más, florece el ser del lenguaje por encima de una edad Clásica que le ha servido como suelo para ubicarse en vías de una nueva edad para la historia: una edad Moderna en la que aún nos hallamos inmersos.

Sucedió que un día, el lenguaje se desprendió de sus leyes de existencia para expandir sus ramas en múltiples direcciones; pero esta vez sin los peligros que producía en el Renacimiento, sino que ahora le trae libertad a la misma razón. La literatura emerge como una necesidad de la cultura. En el umbral de la singular emergencia en que acontece la literatura ¿Qué nos podrá revelar dicha emergencia? La misma exigencia de un tipo de saber. La literatura emerge como una necesidad de la cultura. Para la época Moderna fue indispensable otorgarle un valor, nunca antes visto, al discurso literario. Teniendo esta respuesta cabría preguntarse ¿De qué exigencia se trata y qué

tipo de saber nos revela el discurso literario? ¿Qué relación guarda la ciencia con la literatura? ¿Qué correlación es posible adjuntarle a la literatura con sucesos anteriores o simultáneos? ¿Cuál es la dependencia que mantiene unidas a un conjunto de ciencias? Dentro de *Las palabras y las cosas* se ha podido rastrear una línea temática concerniente al lenguaje y a su arribo a nuestra *episteme*. Desde allí se anticipa el origen del discurso literario. Desde luego, planteado según los términos de discontinuidad histórica. La cultura occidental se ha caracterizado por su modo de ser o su historicidad propia. Para que el discurso literario surgiera como un saber positivo de las ciencias humanas ha sido necesario un camino siempre cambiante desde la libre interpretación del Renacimiento que da lugar a la crítica y la teoría del discurso clásico, desembocando en una analítica de la finitud y, más aún, en un discurso antropológico.

Pero bajo todas estas ciencias positivas, se ha podido hallar, en un nivel arqueológico, las condiciones que hacen posible su inscripción dentro de un suelo científico. Antes de que en los pueblos, e incluso en los libros, apareciera la capacidad de ordenar el pensamiento; a cada hombre se le hubo de asignar una forma de hablar y de pronunciar cualquier tipo de discurso. El *a priori* histórico permanece en el concepto de cada *episteme*, y sería, tal vez imposible sino difícil de identificarlo tal como acontece en su tiempo presente. Como *a priori* histórico se anticipa al tiempo sobre el que se ejecuta, manteniéndose en el plano de las ideas como la antesala de su llegada al mundo. El *a priori* histórico sería el pliegue negativo de la arqueología, el deseo que luego daría leyes a los sistemas positivos. Lo que podría llamarse el ser de una época se construye a través de un *a priori* que vendría a alojarse en el pensamiento que abre todo el camino desde las ideas hasta el plano científico. El *a priori* histórico se opone al espacio

científico como la reflexión se opone al discurso; tal como el pensamiento que se reflexiona llega a manifestarse en lo que se dice. Una suerte de interioridad frente a una exterioridad: el juego dialéctico de la arqueología.

Volvamos a nuestro autor, volvamos a sus líneas. En *Las palabras y las cosas* se busca una reflexión arqueológica del hombre y las ciencias que lo sostienen en plenas puertas del siglo XX. El hombre *foucaultiano* acontece como discontinuo, cambiante, doble, múltiple. Un concepto de la finitud sólo pudo transcribirse a través de las letras y las ciencias. Allí vemos como el autor recoge los rastros epistemológicos que se encaminan a vislumbrar las ciencias del hombre. Esta propuesta está marcada por la interdisciplinariedad, pues a través de la gramática general, la historia natural y el análisis de las riquezas se puede ver el surgimiento de un hombre moderno que vive, trabaja y usa el lenguaje. De esta forma la arqueología nos presenta el Saber como analítica de la finitud: el hombre de Foucault se ha duplicado debido a las discontinuidades en la *episteme* de la cultura occidental.

Para el Renacimiento el lenguaje y el mundo se pertenecían desde la profundidad de los tiempos. Lo que acontece es la desaparición de esta capa uniforme que mantenía en un solo nivel lo visto y lo leído, lo visible y lo enunciable. “El discurso tendrá desde luego como tarea, el decir lo que es, pero no será más que lo que dice”.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> *Palabras*.50.

Lo que pasa en la edad Clásica es una inmensa reorganización de los saberes, donde se le arranca al lenguaje esa unidad directa entre las palabras y las cosas. El lenguaje es sometido a la soberanía del orden. La posibilidad que abre la literatura con su aparición como tal en la época Moderna, es ese volver al ser mismo del lenguaje que esencialmente alude al “centelleo enigmático, monótono, obstinado, primitivo”<sup>8</sup> propio de la dispersión infinita y del ser vivo del lenguaje.

La literatura intenta remontarnos desde la función representativa o significante del lenguaje hasta su propio ser en bruto, olvidado en la lejanía del Renacimiento. Así, en la época Moderna la literatura es la ciencia que compensa el funcionamiento representativo pero no puede esperarse de ella una confirmación de dicha función, sino más bien un retorno del ser perdido de las cosas.

El surgimiento del ser del lenguaje traza para la edad moderna un nuevo comienzo, pero ya no como en el siglo XVI, cuando se le unía a un punto inicial queriendo hallar la palabra absolutamente primera, sino que ahora la literatura hará que el lenguaje crezca sin punto de partida. Por esto se halla en la ciencia literaria la aparición de un texto que representa, a la vez, “un espacio vano y fundamental”.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> *Palabras. 51.*

### **a) Semejanza del Renacimiento:**

Los historiadores de nuestra cultura han dividido el pasado en distintas edades; Foucault como arqueólogo del saber aun no puede escapar a ello. Sin embargo, cuenta con una distribución propia de la tradición occidental. En *Las palabras y las cosas* se ubica justo al borde del fenómeno histórico conocido como el Renacimiento. Este acontece entre los siglos XIV, XV y XVI, dejando atrás el oscurantismo de una época Medieval (y de la que Foucault no hará referencia más que por su inclinación hacia la teología). Ahora el Renacimiento trata de fundamentarse en la erudición de los hombres; no obstante, será una función difícil de alcanzar debido a su cercanía con preceptos divinos.

La dialéctica del Renacimiento tiene como oponente a la divinidad: la magia de las oscuras sombras que hicieron al conocimiento dogmático y lo cultivaron en los terrenos de la fe y del cristianismo acérrimo. Por otro lado, la erudición de algunos pensadores que empezarán a despertar de la pesadilla medieval trayendo a sus mesas de estudio el genio de sus antecesores, comenzando por los griegos y luego con la viciada tradición latino-romana.

A pesar de esto, las sombras se mantienen densas y los terrenos inexplorados cubren al pensamiento con mitos y creencias circulares. Pero no es impedimento para que se busque la definición de las características en este mundo de miedos y de privaciones.

---

<sup>9</sup> *Palabras*. 52.

El Renacimiento descubre que mediante el lenguaje es posible el ordenamiento de este pensamiento, que permanece en la circularidad debido a la semejanza por la que se rige. El pensamiento creyó saber todo del mundo al enunciar la superficie visible que lo recubre creando una maraña de afirmaciones acerca de un mismo objeto. De acuerdo con esto, se puede obtener un tipo de concepto como el siguiente:

“la rata de la india es perniciosa para el cocodrilo, pues naturaleza se lo ha dado por enemigo: de tal modo que cuando el feroz se goza al sol, le tiende una trampa con sagacidad mortal; dándose cuenta de que el cocodrilo, adormecido en su deleite, duerme con el hocico abierto, se mete por allí y se cuelga por el largo gajate hasta el vientre, cuyas entrañas roe y sale al fin por el vientre de la bestia muerta”<sup>10</sup>

Lo que se advierte en este tipo de enciclopedia es el dominio de la similitud en el pensamiento de esta época teniendo como principio la correspondencia circular entre la naturaleza y el mundo. Las intuiciones de la similitud asocian al infinito las actitudes de los seres y se abandonan a la seguridad de lo que visiblemente se manifiesta.

Las cuatro similitudes: conveniencia, emulación, analogía y simpatía, sostienen un mundo que brinda total confianza a la exterioridad de los signos y de esta manera “el mundo de lo similar sólo puede ser un mundo marcado”<sup>11</sup>. Las semejanzas se atan entre sí para justificar lo desconocido, relacionando la profunda invisibilidad con la forma superficial de lo visible. Pues toda ciencia se funda en las marcas semejantes que unen directamente lo interno con lo exterior, la enfermedad con las señales de la piel, las arenas con los mares y los astros con las hierbas.

---

<sup>10</sup> *Palabras.* 33.

<sup>11</sup> *Palabras.* 35.

Así, lo que el renacimiento piensa del lenguaje está directamente atado al mundo en una prosa incesante de la semejanza:

“el rostro del mundo está cubierto de blasones, de caracteres, de cifras, de palabras oscuras (...), un gran libro abierto (...), el gran espejo tranquilo en cuyo fondo se miran las cosas y se envían, una a otra, sus imágenes, está en realidad rumoroso de palabras. Los reflejos mudos son duplicados por las palabras que los indican”.<sup>12</sup>

La erudición de ésta época cree que todo cuanto habita este universo es susceptible de sacar a luz mediante su enunciación; así que cuanto misterio se esconde en las magias medievales podría interpretarse en un enunciado cristiano que respondería según la ciencia de lo similar.

La semejanza tomada, de acuerdo al Renacimiento, como valor conceptual no se aleja de una metafísica; en tanto que trata, echando mano de cuanto truco esté a su alcance, de sostener en completa identidad a las palabras y a las cosas: “la distancia del microcosmos al macrocosmos permite marcar los límites del mundo”. Con esta oración se cierra la sabiduría de estos siglos, en los que se debe fijar más por su intento de salir de la circularidad en la que se hallaba, que por remitir un conocimiento eficaz del universo. La *episteme* Renacentista no está en condiciones de juzgar la verdad del mundo, pues se mantiene cubierta por oscuras razones y miedos por el basto universo, que aun se le hace como ajeno y su único método es la tranquila y superficial similitud.

El refugio de esta época es la identidad de lo que se dice con la realidad, otorgándole al lenguaje un valor incalculable que daba consuelo, ante la inmensidad que rodeaba al hombre renacentista. Si todo cuanto era dicho lograba traducir cuanto podría ser visto se hacía verdad. De esta

---

<sup>12</sup> *Palabras*. 35.

manera, el temor a Dios y a lo desconocido se opacaba por una aparente calma de tener al destino en sus propias palabras. Pero sin darse cuenta, el hombre renacentista se perdía en los anillos de la semejanza dando vueltas alrededor del conocimiento; sin poder acceder a él:

“La semejanza no permanece jamás estable en sí misma, sólo se la fija cuando se la remite a otra similitud que, a su vez, llama a otras nuevas; de suerte que cada semejanza no vale sino por la acumulación de todas las demás y debe recorrerse el mundo entero para que la menor de las analogías quede justificada y aparezca al fin como cierta”<sup>13</sup>

La circularidad a la que se enfrenta el Renacimiento hace evidente la emergencia para salir de esta *episteme*. El saber se dirige en nuevas direcciones y desborda la semejanza. Para la arqueología se descubre una analogía de la misma semejanza ocasionando la re-estructuración del saber.

La relación entre microcosmos y macrocosmos comenzará a dirigirse en otras vías. Lo visible y lo enunciable ya no tendrán la confiable identidad de la semejanza; pues esta aparente tranquilidad ya no será suficiente y más bien buscará un nuevo punto de giro más estable: “El saber del siglo XVI se condenó a no conocer nunca sino la misma cosa y a no conocerla sino al término jamás alcanzado, de un recorrido indefinido”.<sup>14</sup> Justificar semejanza a semejanza se hizo insostenible para una época en la que no se podía decir más de lo que se veía, dejando que las quimeras de la divinidad danzaran alrededor de los círculos que construía la erudición sin posibilidad de librarse de ellas. Tal vez de allí la gran vertiente artística que se regocija en la pintura y la arquitectura, buscando reflejar las fantasías de las que la razón aun no podrá dar respuesta. “En una *episteme* en la que los signos y similitudes se enroscan recíprocamente en una

---

<sup>13</sup> *Palabras*.38, 39.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, 39.

voluta que carece de fin, era necesario que se pensara en la relación entre microcosmos y macrocosmos como garantía de este saber y término de su efusión”<sup>15</sup>. Para el renacentista, sí en este mundo se le obliga a obedecer a los deberes, habrá otro mundo en el que se le concederán todos sus deseos. Lo que se advierte, es que estos mundos, cada vez permanecen más separados uno del otro y su reconciliación hace parte de las quimeras del pasado. En el intersticio entre microcosmos y macrocosmos se abre un sin fin de preguntas que no alcanzan a satisfacerse en este espacio circular en el que se han originado. Por ello, esta relación aparecerá como un efecto aparente que esconde una representación en la que las palabras se someterán a un orden propio, para que así puedan decir algo de las cosas del mundo.

#### **b) Representación Clásica:**

Recordemos que Foucault, en su método arqueológico, ha tomado a la historia como punto de análisis que busca salir de la verticalidad en la que los historiadores han clasificado las ideas y, de esta manera, reordenarla de acuerdo a una horizontalidad; donde la historia perdería toda jerarquía y sólo saldría a relucir las principales fuentes de determinada época. Nos tendremos que ubicar en el paso de una época Renacentista que fue testigo del surgimiento hacia una época Clásica. El suelo del siglo XVI va a dar a luz algo como el clasicismo que tuvo lugar y dominio durante los siglos XVII y XVIII. Como ya se ha dicho, en *Las palabras y las cosas* se lleva a cabo un estudio arqueológico de las ciencias humanas; tratando de tejer cualquier precedente que contribuyó en la constitución de dichas ciencias. Muy al estilo hegeliano quién realizó una lectura

---

<sup>15</sup> *Ibíd.*

fenomenológica del mundo y de las ideas, para Foucault es importante la unión de todo archivo que pudo dar luces a una época particular y que pudo conducirlo hasta sus límites. Si la intención en este proyecto fuese mostrar la pluralidad del archivo *foucaultiano*, trayendo a estas páginas la lista completa de los autores citados por el francés, no habría espacio para el pensamiento inédito de nuestro autor. Aunque prescindir de las fuentes secundarias pueda ensombrecer la veracidad de lo que diga aquí, bastará con tener en cuenta que todas las reflexiones llevan el sello y el gusto *foucaultiano*. Sin embargo, y para complacer a los historiadores, se contará con la presencia de algunas citas secundarias donde se reflejará fielmente el carácter de una *episteme* correspondiente.

Para retomar, tendremos que ubicarnos al nivel de una *episteme* Clásica que deja atrás su estrecha relación con la similitud para adoptar un nuevo dominio que regirá su pensamiento hasta principios del siglo XIX y donde se pretende cabalmente, abandonar la cercanía a la semejanza circular: “se trata del pensamiento clásico que excluye la semejanza como experiencia fundamental y forma primera del saber, denunciando en ella una mixtura confusa que es necesario analizar en términos de identidad y de diferencias, de medida y orden”<sup>16</sup>. Así, lo que gira hacia una dirección clásica es el suelo de la *episteme* renacentista y, con este, toda esa identidad en la que se mantenía al pensamiento. Allí, el lenguaje daba respuestas circulares y los textos conducían el análisis bajo la pretensión de rastrear una palabra primera que reuniera todo discurso en la profundidad de los tiempos. El peligro al que se sometía todo estudio de las letras no era otro que el de estar obligado a repetir un texto primero y a ejercer la función de

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*, 59.

comentario perpetuo. El lenguaje se cerraba mediante los anillos de la interpretación, pero en la época clásica “los signos del lenguaje no tienen ya más valor que la mínima ficción de lo que representan. La escritura y las cosas ya no se asemejan”<sup>17</sup>. Aconteció que un día dejó de corresponder el lenguaje y el mundo como unidad. Entonces, fue necesaria otra forma para enlazarlos. Otra que diera cuenta de una intervención del saber sobre la naturaleza. Es así como la representación refuerza los tejidos de la erudición y será sólo a través de ella como pueda surgir el mundo por medio de las palabras. Para esta época clásica “la similitud no es ya la forma del saber, sino, más bien, la ocasión de error, el peligro al que uno se expone cuando no se examina el lugar mal iluminado de las confusiones”<sup>18</sup>. Se descubre que la similitud mantenía al saber en el desorden de las cosas y no era posible someterlas al rigor de una jerarquía. Es cuando se da el paso de someter la naturaleza a una analogía infinita para juzgarla ahora de acuerdo al análisis que de ella se lleva a cabo. Las modificaciones clásicas manifiestan el abandono de la semejanza por ver en ella nada más que sinrazón e imaginación.

En el intersticio de estas épocas, se alcanza a dibujar como figuras que denuncian el complicado tránsito que se está efectuando. Es la pareja opuesta del poeta y el loco. Ambos relucen por su impaciente cercanía con un pasado del que se ha querido librar, dejándose atrás; pero que vuelve, apareciendo para gritar que no será tan fácil olvidarlos. Tenemos dos experiencias como percepción de un espacio cultural tal como un borde exterior adopta una postura marginal, mientras que el otro se ubica como parte esencial dentro de una silueta arcaica. “El poeta hace llegar la similitud hasta los signos que hablan de ella, el loco carga todos los signos con una

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, 54.

semejanza que acaba por borrarlos”<sup>19</sup>. Estos personajes traen las ropas renacentistas pero denuncian en sus delirios el final de una época que se cierra sobre sí misma y comienza a desenvolverse en otro pliegue. “Entre ellos se ha abierto el espacio de un saber en el que, por una ruptura esencial en el mundo occidental, no se tratará ya de similitudes, sino de identidades y diferencias”<sup>20</sup>. Lo que manifiestan estas figuras es que ya no será posible confiar en la similitud. Con ellas se abre el lugar de la desesperación para que acontezca una discontinuidad que afectará todos los niveles del pensamiento. Para nosotros será suficiente ubicar aquellos variantes que Foucault encuentra y que conciernen al estudio del lenguaje.

¿Cómo se adopta este fundamento para el saber, llamado representación? ¿De dónde proviene la necesidad de este régimen del pensamiento? ¿Cuáles son las posibilidades que trae consigo el análisis de acuerdo a un orden representativo? ¿Qué aspectos trae consigo este nuevo fundamento y cuál es la demanda que se encargará de satisfacer? La representación aparece con el afán de darle a las ideas un orden verídico y de asignarle a las cosas un lugar estable; sin cabida para la quimera, ni la ilusión. El orden renacentista no daba la certeza que se le exigía y permitía con facilidad la entrada de la confusión: “tanto que una cosa puede ser absoluta en un cierto aspecto y relativa en otros, el orden puede ser a la vez necesario y natural (con relación a pensamientos) y arbitrario (con relación a las cosas), ya que una misma cosa, según la manera en que se la considere, puede ser colocada en un punto del orden o en otro”<sup>21</sup>. De esta manera, se revela las infinitas variables de un orden que se someta a la semejanza, mientras que mediante el orden y la

---

<sup>18</sup> *Ibíd.*, 57.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, 56.

<sup>20</sup> *Ibíd.*

<sup>21</sup> *Ibíd.*, 60.

medida, vinculada a las funciones que ejerce la *mathesis*, será permitido realizar una clasificación de modo que cada cosa ocupe el lugar conveniente y adecuado. Lo que se origina con este tipo de pensamiento es el método: se trata de “remitir toda medida (toda determinación por igualdad y desigualdad) a una puesta en serie que, a partir de lo simple, haga aparecer las diferencias como grados de complejidad”<sup>22</sup>. La función de la *mathesis* será brindar la posibilidad de un método aplicable incluso a la naturaleza y a las ideas para sostener todo análisis sobre un suelo confiable. Medida y orden serán los tipos de comparación que pueden admitirse en dicho método: “el uno analiza en unidades a fin de establecer elementos, relaciones de igualdad y desigualdad; el otro establece elementos, los más simples que puedan encontrarse, y dispone las diferencias según los grados más débiles posibles”<sup>23</sup>.

Se adopta un tipo de método que cumple las exigencias de esta *episteme* Clásica, que se inquieta por definir el mundo en términos de verdad y absoluto. Este método representativo, que tiene como base la medida y el orden, va a abrir todo un campo nuevo para el saber donde se alojará por varios siglos y hará que el lenguaje mantenga una estrecha relación con las matemáticas. Con este método: “va a ser posible una enumeración completa: sea bajo la forma de un inventario exhaustivo de todos los elementos que constituyen el conjunto en cuestión; sea bajo la forma de un poner en categorías que articulan en su totalidad el dominio estudiado, número suficiente, tomado a lo largo de toda la serie. Así, la comparación puede alcanzar una certeza perfecta”<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> *Ibíd.*

<sup>23</sup> *Ibíd.*

<sup>24</sup> *Ibíd.*, 61.

Esta serie inductiva, que va de lo simple a lo complejo, ordenando las cosas de acuerdo a los elementos propios que hacen parte de un conjunto determinado permite que hablemos, por vez primera, en términos de categorías, que reúnen el funcionamiento del pensamiento y su paso a la naturaleza. Una serie de ideas enumeradas que ordenan las funciones de las cosas en el mundo; y a la inversa, un inventario de las cosas que determinan el seguimiento que juzgarán sus orígenes. Esta nueva configuración va a dirigir los pasos del análisis y sólo bajo esta jerarquía será posible toda organización: “*sí se quiere se lo puede designar con le nombre de racionalismo, se puede decir también, si lo único que se tiene en la cabeza son conceptos ya hechos, que el siglo XVIII señala la desaparición de las viejas creencias mágicas y, por fin, la entrada de la naturaleza en el orden científico*”<sup>25</sup>. Ante esta advertencia tendremos que recordar la sentencia inicial que ya nos invita a desarmar la mirada y en este viaje retrospectivo tener cuidado en no juzgar premeditadamente el racionalismo, acusándolo con denuestos de los que hasta aquí no ha sido acreedor. Habrá que dejar las injurias románticas para más adelante y continuar participando moderadamente el nacimiento de los preceptos clásicos.

Todo este mecanismo que se constituye para la *episteme* Clásica será determinante en el rumbo de nuestra cultura occidental, y tendrá consecuencias en todos los niveles del saber. Sin embargo, para esta época no era fundamental el hecho de matematizar la naturaleza, sino mantener constante e inalterada esta relación, pues: “esta relación con la *mathesis* en cuanto ciencia general del orden no significa una absorción del saber en la matemática, ni que se funde en ella todo conocimiento posible; por el contrario, en correlación con la búsqueda de una *mathesis*, se ve aparecer un cierto número de dominios empíricos”<sup>26</sup>. Entonces, lo que saldrá a luz en esta relación con el método representativo será una

---

<sup>25</sup> *Ibíd.*,. 61.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, 63.

multiplicidad de consecuencias que darán base a las distintas disciplinas cuyo saber vendría siendo la experiencia misma. El interés de Foucault es sacar a luz las ciencias humanas, desde sus antecesoras: la historia natural, el análisis de las riquezas y la gramática general. Para nosotros, tendrá fundamental valor esta última disciplina, en tanto que es ella la encargada de tratar al lenguaje en sus funciones representativas.

Pero antes de que surja un lenguaje hay que preguntarse por las condiciones *a priori* que designan la significación de dicho concepto. El método representativo va a permitir la pregunta por ¿Qué es un signo en la época clásica? Y es aquí donde el tema de una significación del lenguaje adoptará el espacio positivo que le corresponde: “el lenguaje no es ya una de las figuras del mundo, ni la signatura impuesta a las cosas desde el fondo de los tiempos (...), el signo deja de ser una figura del mundo”<sup>27</sup>. De ahora en adelante, el lenguaje va a regirse bajo las condiciones de la representación y para que esto sea posible, el signo tendrá que definirse según tres variables: el origen, el tipo y su verdad. Estas variables sustituyen la semejanza buscando una mayor eficacia para dichos signos.

Si el origen permite definir al signo, este debe encontrar su lugar en el interior del conocimiento, por tanto el dominio de todo signo debe distribuirse entre lo que tiene de cierto o lo que puede ser probable. Tenemos entonces que ya no hay signo desconocido, ni marca muda esperando el momento de ser enunciada, pues sólo es signo en tanto que se ha puesto frente al conocimiento. La profundidad del mar o la distancia que separa a las estrellas se limitarán al cálculo realizado

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*, 65.

hasta el momento y ya no se unirán estas inquietudes por analogías infinitas sino que tendrán que aguardar hasta que el conocimiento consiga rendir cuenta de ellas, “la posibilidad de una relación, sólo se constituye por un acto de conocimiento”. Esto permite que una larga serie de juicios se replieguen en la figura rápida del signo. “Se rompe la relación del saber con la divinidad y ahora la red de signos será tejida por el conocimiento probable”<sup>28</sup>.

El signo podrá variar según la forma en que se enlace con lo que significa, de aquí dos posiciones en las que el signo deberá identificarse o como elemento constitutivo de lo que sirve para designarlo, tal como en la química; o por otro lado, como lo que está real y verdaderamente separado, tal es el caso de la física, cuyo signo es resultado de la sumatoria del despliegue y el despliegue mismo.

Lo que evidencia estos tipos de enlace es que la constitución del signo es inseparable del análisis. “el signo, en el pensamiento clásico, no borraba las distancias y no abolía el tiempo; por el contrario, permitía desarrollarlos y recorrerlos paso a paso, gracias a él, las cosas se hacen claras y distintas. La razón occidental entra en la edad del juicio”<sup>29</sup>. Siguiendo la verdad del signo, es posible adjudicarle dos valores: uno por naturaleza y otro por convención. Así que los signos pueden ser dados por la naturaleza o constituidos por el hombre. Sin embargo, la veracidad de los signos será sometida a la representación.

---

<sup>28</sup> *Ibíd.*, 66, 67.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, 67.

Al otorgarle estas tres variables al signo tenemos como resultado un lenguaje que se ordena por medio de sus representaciones, constituidas por la medida de sus particularidades y el orden de su multiplicidad. El signo en la época clásica adquiere un valor representativo que tendrá que llevar hasta principios del siglo XIX, cuando se rompa la relación entre el pensamiento y las matemáticas, y el saber oscile de nuevo. Para los clásicos, el signo separado de sus facultades de semejanza, ha hecho surgir estas figuras nuevas que son “la probabilidad, el análisis, la combinatoria, el sistema y la lengua universal, como una red única de necesidades.” Si se le hubo de otorgar tan elevado valor al signo es innegable que es éste “el que traza la partición entre el hombre y el animal; el que transforma la imaginación en memoria voluntaria, la atención espontánea en reflexión, el instinto en conocimiento racional”<sup>30</sup>. El saber clásico permanece en ese juego de la representación consigo misma, que asigna valores correspondientes a cada marca, para que de esta manera se haga posible una serie, de acuerdo a la red de representaciones: “el signo es una representación desdoblada y duplicada sobre sí misma. Una idea puede ser signo de otra no solo porque se puede establecer entre ellas un lazo de representación, sino porque esta representación puede representarse siempre en el interior de la idea representada”<sup>31</sup>.

A pesar de la continúa pretensión de la *episteme* Clásica en juzgar al mundo con los fundamentos de una rigurosa representación que encadena, una a una las ideas, configurando una red analítica; esta *episteme* no ha conseguido librarse por completo de la imaginación de la semejanza y aunque “el límite del saber será la transparencia perfecta de las representaciones a los signos que las

---

<sup>30</sup> *Ibíd.*, 68.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 71.

ordenan”<sup>32</sup>, en el borde de este saber se ubica lo que para esta época señala la exclusión y la quimera de lo imposible. Estamos hablando de la locura. Mediante una mirada detallada a esta experiencia de la sinrazón se revela que:

*“la sabiduría de la naturaleza es tan profunda que llega a utilizar a la locura como otro camino de la razón (...), la naturaleza de la locura es al mismo tiempo su útil sabiduría; su razón de ser consiste en acercarse tanto a la razón, en ser tan sustancial a ella que, en conjunto, forman un texto indisociable, en que no se puede descifrar más que la finalidad de la naturaleza: hace falta la locura del amor para conservar la especie; hacen falta los delirios de la ambición para el buen orden de los cuerpos políticos; hacen falta insensatas avideces para crear riquezas”<sup>33</sup>.*

Y sin embargo, esta verdad conduce la locura a un aislamiento donde no pueda contaminar a la naciente razón que, ordenada y medida, aun se hace vulnerable ante las embestidas de la feroz locura. La locura hace difusa a la representación desordenando los signos para acomodarlos a su antojo; burlando la significación y el conocimiento.

“El loco se vuelve relativo, pero así está más desarmado aún de sus poderes peligrosos: él, que en el pensamiento del Renacimiento figuraba la presencia próxima y peligrosa, en el interior de la razón, de un parecido demasiado interior; ha sido rechazado ahora hasta el otro extremo del mundo, apartado y mantenido donde no pueda inquietar, mediante una doble seguridad, puesto que representa la diferencia del otro en la exterioridad de los otros”<sup>34</sup>.

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, 82.

<sup>33</sup> FOUCAULT, Michel (1994) *Historia de la locura en la época clásica*. Tomo II. Fondo de Cultura Económica. México. 278. En adelante se hará referencia como *Historia*.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 285.

La locura frente a la razón en la época Clásica, es lo que mantiene a la cultura occidental dentro de un juego dialéctico que no podrá librarse, sino hasta la época Moderna, cuando los oponentes adopten nuevas posturas procurando conducir una vez más la dialéctica misma hacia sus extremos. Foucault nos hace notar la duplicidad del pensamiento occidental en la actitud del hombre razonador que señala, a su vez, quién está loco y al mismo tiempo pierde la noción del límite que separa la cordura de la insensatez, pues en el interior se mantienen unidas por los lazos de una naturaleza múltiple que acoge a ambos en su regazo.

La experiencia de la locura denuncia la parte animal en la que el hombre se halla inmerso, y su condena al encierro no le impide poner en disputa sus más íntimos deseos tratando de desprenderse de cuanta razón encuentre, poniendo en juego la representación de sus ideas para conducirlos al delirio incesante. “Esta experiencia se transcribe para la reflexión en los términos de una teoría de la imaginación que de esta manera se encuentra alojada en el centro de todo el pensamiento clásico concerniente a la locura. La imaginación, perturbada y desviada; la imaginación a medio camino entre el error y la falta, por una parte, y las perturbaciones del cuerpo, por la otra, es lo que médicos y filósofos convienen en llamar delirio en la época clásica”<sup>35</sup>. Así, se muestra en perspectiva todo el ámbito del saber que pudo configurarse en una época Clásica donde se identifica la relación entre el conocimiento y la representación, buscando un lenguaje lleno de signos completamente ordenados por medio de los fundamentos de la *mathesis*; y que, no obstante, no pudo olvidar la vecindad con una experiencia fuera de toda clasificación que envuelve la representación en una voluta que la conduce al delirio ¿Cómo logra,

---

<sup>35</sup> *Ibíd.*, 314.

esta época, dejarse seducir por la experiencia del lenguaje representativo sin reducirse a un delirio que se oculta fuera de toda razón? ¿Qué tipo de disciplina fue necesaria para que el lenguaje no se pierda en el infinito de la sinrazón? ¿Cómo se libra el lenguaje clásico de un fundamento totalmente *a priori* para incrustarse en la positividad del suelo científico?

### c) **Historia de la Modernidad:**

Hemos hecho un recorrido, tal vez un poco apresurado y con algunas turbulencias, pero lo que se ha querido con esto, es simplemente plantear las bases arqueológicas que dentro de *Las palabras y las cosas* funcionan como *a priori* de cada época en la búsqueda de una ciencia positiva que se encargue del lenguaje y de su significación. Sin olvidar, desde luego, que en el límite de cada época o *episteme*, este *a priori* comenzará a mutarse desprendiéndose del suelo en el que hasta ese momento se aferraba, para dirigirse a su lugar adecuado, dispuesto por las necesidades y los deseos de la nueva época. El *a priori* funciona de acuerdo a la época en que se presente y así como en el Renacimiento eran la analogía y la semejanza quienes condicionaban la relación entre el lenguaje y el mundo; estos *a priori* abandonan su lugar de privilegio para instaurarse en un espacio fuera del conocimiento. Quién ocupe este espacio será la representación y el orden de la *mathesis*. Pero lo que acontece a finales del siglo XVIII es una discontinuidad en la superficie aparente, la que de nuevo hace oscilar las fuertes bases de la representación, alojándola en un sitio donde se le tratará con la duda y la incompletud. Toda una serie de descubrimientos en el nivel científico hacen que el lenguaje ya no se aloje con tanta confinaza en la representación; esto sucede al encontrar en el interior mismo del lenguaje, organizaciones propias que lo condicionan

de una manera más apropiada. Sucedió que el siglo XIX trajo para todo el pensamiento un fundamento de discontinuidad que afectó al orden clásico provocando la duplicidad de la historia misma: un doble papel que hizo mostrar a esta ciencia del pasado nuevos poderes que les permiten instaurarse en la raíz misma de la *episteme* Moderna.

“A partir del siglo XIX, la historia va a desplegar en una serie temporal las analogías que relacionan unas con otras a las organizaciones distintas”<sup>36</sup>. Podemos notar, con esto, la entrada del tiempo como afección fundamental en el modo de ser del pensamiento. El hombre comienza a fijarse en estos cambios, que desde el Renacimiento han alterado todo el suelo de su pensamiento. Se hace notar que en el interior de la *episteme* occidental, actúa una discontinuidad que despliega, cada vez, el conocimiento en distintas direcciones. Lo que revela el encuentro del tiempo con el saber es una historicidad en la base de todo el conocimiento. Desde entonces no sólo se tratará de una historia plana y continua como la sucesión de acontecimientos temporales; sino que además tendrá que contarse con una historia que condiciona el saber de cada época y se aloja en sus puntos de pliegue como único *a priori* que se mantiene, incluso, en la discontinuidad que ella misma provoca.

*“Así como el orden en el pensamiento clásico no era la armonía visible de las cosas, su ajuste, su regularidad o su sincronía comprobada, sino el espacio propio de su ser y aquello que, antes de todo conocimiento afectivo, los establecía en el saber, así la historia, a partir del siglo XIX, define el lugar de nacimiento de lo empírico, aquello en lo cual, más allá de cualquier analogía establecida, toma el ser que el es propio”<sup>37</sup>.*

---

<sup>36</sup> Palabras. 215.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, 215.

Lo que descubre al hombre histórico es su mismo ser histórico; es decir, que en el fondo de todos los cambios que se han visto acontecer, se hallaba él mismo como la mano que conducía una vez más el destino de toda la cultura occidental.

Así, el orden que permitía asignarle la correcta certeza al pensamiento clásico no era un *a priori* hallado en la misma naturaleza, sino un orden impuesto sobre ella para que se efectuara de una manera eficaz; esta imposición de un orden científico a todas las cosas del mundo es lo que manifiesta la aparición de un sujeto que actúa en los intersticios de cada época, ocasionando el giro de sus fundamentos. Sin embargo, hubo de transcurrir casi 19 siglos para que el hombre se percatara de que es él y solo él quien debe responsabilizarse de su destino por hacer.

Por el momento, nos interesa la relación entre esta historia que sirve de *a priori* al surgimiento de lo empírico como tal, o mejor, de las ciencias empíricas que tendrán como objeto de estudio al hombre mismo y a sus experiencias propias; en específico, de la relación entre el hombre y el lenguaje que éste se encarga de producir.

Será necesario hallar la diferencia que separa la historia del pasado y la historia de siempre. Esta duplicidad del tiempo es la que nos revela una discontinuidad y, por tanto, un doble papel al estudio del lenguaje. En la coyuntura entre estas dos formas de fundamentar lo empírico se halla el arribo a una época Moderna y el abandono de una época Clásica que se deja atrás. No obstante, no hablamos aquí de una verticalidad radical que ubicaría en una estructura jerárquica las edades de la historia y haría sobreponer por encima de la *episteme* Clásica la superación total de esta

época; al contrario, con una suerte de horizontalidad todos los saberes del pasado adquieren una perspectiva propia que los hace caer en su historicidad común. La historia se ha partido “entre una ciencia empírica de los acontecimientos y este modo de ser radical que prescribe su destino a todos los seres empíricos y a estos seres singulares que somos nosotros”<sup>38</sup>. Doble función que nos muestra la separación de un tipo de pensamiento al que el orden matemático ya no podrá definir, incrustándose en la experiencia del hombre, en su mismo acontecer. Lo empírico vendrá a unir, por fuera del clasicismo, a la razón y la imaginación con la constitución de un tipo de ciencia que trate del hombre en su singularidad. Y aunque esta inquietud por la historia sea propia de la *episteme* moderna, siempre ha estado en el inventario de nuestro pensamiento, pues “sabemos bien que la historia es el dominio más erudito, más informado, más despierto, más encumbrado quizá de nuestra memoria; pero es también igualmente el fondo del que se generan todos los seres y llegan a su centelleo precario. Esta cuestión insoslayable presionará la filosofía de *Hegel* a *Nietzsche* y más allá”<sup>39</sup>. Más allá hasta el mismo Foucault que no puede escapar al impacto de una historicidad que no podemos evadir y a la que inevitablemente habrá que volver, pues es el punto en el que coincidieron, en el pasado, tanto la semejanza como la representación; el suelo que ocupará cuanto pensamiento venga a la luz, pues solo a través de la historicidad podrán hacer notar las ideas que demuestren su valor científico.

La inquietud moderna por la historia vendría a sumergir a las ciencias empíricas en sus propios mares ¿Cuál es el modo en que el lenguaje sobrevive a esta nueva discontinuidad? ¿Cómo puede

---

<sup>38</sup> *Ibíd.*, 215.

<sup>39</sup> *Ibíd.*, 215.

hallarse en la historicidad, un estudio lingüístico? ¿Será posible una discontinuidad en el discurso científico del lenguaje?

Fue evidente para las disciplinas tales como el análisis de las riquezas y la historia natural, la necesidad de un recorrido algo lento y con sus propias experiencias en el lenguaje. La representación sirvió como a priori para la gramática general: disciplina que se enfrentó de manera particular ante el lenguaje. El análisis propio de la gramática general será desarrollado en otro momento. Lo que debe relucir aquí es la gestación de una época Moderna cuando aún se hallaba inmersa y regida dentro de los límites del clasicismo. La gramática se había apropiado del estudio lingüístico, pero a finales del siglo XVIII comienza a mostrar una figura intermedia entre sus contenidos y valores, que la hizo redefinirse de acuerdo a la flexión de las palabras:

“A través del sistema de flexiones, la dimensión de lo gramatical puro ya aparece: el lenguaje no está ya constituido por representaciones y sonidos que a su vez los representan y se ordenan entre sí de acuerdo con las exigencias de los lazos del pensamiento; está constituido además por elementos formales, agrupados en sistemas, y que imponen a los sonidos, a las sílabas, a las raíces, un régimen que no es el de la representación”<sup>40</sup>.

La época Clásica brindó suma importancia a la racionalidad, por medio del análisis gramatical, a las raíces mismas del lenguaje y olvidaron el espesor de una superficie que organizaba las palabras en sistemas. El contenido de las palabras se sobrepuso a su simple forma, pero resultó que el lenguaje no podía desprenderse de su mera apariencia de letra y es esta misma superficie la que pondrá al lenguaje en el umbral de una época Moderna, pues se advierte que las palabras en sus sonidos y sus formas exteriores guardan un sistema que las hace variar abriendo todo un

campo para el saber. La representación Clásica estaba tan ligada al pensamiento que dejó fuera de su análisis a los sonidos variables, los acentos y todo un conglomerado de flexiones que permanecen intrínsecas al lenguaje:

“mientras la lengua se definió como discurso, no podía tener más historia que la de sus representaciones: las ideas, las cosas, los conocimientos, los sentimientos cambiaban y entonces, y sólo entonces, se modificaba la lengua en proporción exacta con estos cambios. Pero ahora hay un mecanismo interior de las lenguas que determina no sólo la individualidad de cada una de ellas, sino también sus semejanzas con las otras: es este mecanismo, portador de identidad y de diferencia, signo de vecindad, marca de parentesco, el que va a convertirse en soporte de la historia.

Gracias a él, podrá introducirse la historicidad dentro del espesor de la palabra misma”<sup>41</sup>.

La representación hizo que el estudio del lenguaje permaneciera siempre en un plano en el que el pensamiento juzgaba de ante mano las condiciones de análisis para la palabra, pero la época Moderna comienza cuando se produce esta inversión como una vuelta hacia la palabra misma, abandonando lo que ella representa y fijándose en su organización simple de palabra que se ha pronunciado a través de los siglos y conserva en el intersticio de cada uno de sus signos la densidad de su significación. Todo un mecanismo que se volcará sobre la palabra y el lugar que ocupa, siempre singular y propio. Dentro de un discurso ya ordenado por lo que éste representa y no por la vecindad entre una palabra y otra.

“La representación perdió el poder de fundar, a partir de sí misma, en su pliegue propio y por el juego que la duplica en sí, los lazos que pueden unir sus diversos elementos (...), la condición de

---

<sup>40</sup> *Ibíd.*, 231.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, 232.

estos lazos reside a partir de ahora en el exterior de la representación, más allá de su visibilidad inmediata, en una especie de trasmundo más profundo que ella y más espeso”<sup>42</sup>.

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*, 234.

#### IV. ESPACIO CIENTÍFICO DEL LENGUAJE

Hasta este momento se han dispuesto las condiciones *a priori* que dieron origen a un modo de ser del lenguaje para la cultura occidental; y sin embargo, sólo hemos tratado de construir a partir de la teoría *foucaultiana* el lugar que posibilitó el encuentro con el ser mismo del lenguaje, a través de una historia para todos común y que no dejó de variar de acuerdo a la discontinuidad hallada en la raíz misma de nuestro pensamiento. El *a priori* histórico determina las condiciones que dan lugar a toda empíricidad, es decir, se ubica como fundamento y suelo de toda ciencia que de alguna manera determina la dirección en la que se desplazará el análisis. El *a priori* vendría siendo algo como el punto sobre el cual girará toda científicidad; el marco que recorre cada época para descubrir las razones que la posibilitan. Hemos tratado de desprender el *a priori* histórico de sus fuentes para constituir un ser propio de cada uno; mostrando su libertad y el límite de sus facultades. Puede pensarse que de esta manera se ha aislado una parte de todo un complejo dejándola casi convaleciente, pues desde siempre ha convivido sumergida en la estrecha cohesión en la que Foucault le da vida. No obstante, el intento por atrapar el ser desplegado del lenguaje, tanto en sus *a priori* históricos como en su suelo positivo, busca dar cuenta de un saber independiente en medio de la compleja interdisciplinariedad a la que se somete *Las palabras y las cosas*. Este propósito no es un intento vano por ilustrar la historia sin más; de lo que se trata es de ubicar el modo en que es tratado el lenguaje en las distintas épocas y las bases que dan mérito a su estudio.

Se ha penetrado en la arqueología de las ciencias humanas, siguiendo la propuesta de Foucault, para desprender las ideas que han hecho posible el encuentro con un tipo de saber que tuvo como objeto el lenguaje. Recordemos que nuestra finalidad es llegar a descubrir el momento en que se considera, dentro de la cultura occidental, la aparición de la literatura. Por esto, hemos rastreado desde el Renacimiento todo cuanto introdujo, a modo de fundamento, el surgir de una particularidad en la lengua cotidiana. Pero se ha visto que aunque para esta época ya existía un tipo de fenómeno que daba uso al lenguaje de manera enigmática; aún la literatura es como algo ajeno, que se mantiene fuera del análisis como elemento inquietante, pero peligroso. Se ha visto que la época Clásica se mantiene al margen de cuanto discurso literario aparezca, considerando un lugar jerárquico al discurso en su pureza y relegando a la poesía al encierro de la locura. Ahora, para la Modernidad, esta experiencia de la literatura, no podrá seguir ocultándose con dogmatismos precarios y tendrá que incluir el estudio de este tipo de discurso dentro del saber de su *episteme*. Sólo hasta la Modernidad, la literatura ocupará el lugar del que hoy goza: el espacio desde donde siempre habla y en el que permanece siempre múltiple y discontinuo. Aunque el Renacimiento ya de cuenta de la disciplina necesaria para el ejercicio literario, sólo hasta la Modernidad saldrá a relucir el suelo privilegiado que pisan las letras.

Semejanza, representación e historia no son más que el envés metafísico que dio lugar a las ciencias positivas; donde el lenguaje es tomado como objeto de aprendizaje. Estos *a priori* de la historia los ha detectado Foucault en la experiencia de cada época y delínean a modo de antecedente negativo, todo el trabajo científico que se desarrolló primero en una prosa ontológica, luego en la gramática general, que dio paso a la filología moderna; y de la que se desprenden

múltiples consecuencias, entre ellas la literatura. La Modernidad se da cuenta que a pesar de las restricciones a las que se ha sometido la experiencia literaria, no ha sido posible callar su voz dejando por fuera de la *episteme* a estos enigmáticos libros; sino que por el contrario, con cada arremetida en su contra reaparece cada vez con más fuerza trayendo consigo sus dulces fábulas. De todo el fundamento clásico por ordenar el lenguaje dentro de una ciencia específica no quedó sino la oportunidad de un nuevo comienzo a partir de los errores del pasado. Se constituyeron teorías, se analizó palabra por palabra tratando de descifrar la incógnita de su existencia, pero de allí sólo brotó el soplo y la turbulencia de un tipo de poesía que arrancó de sus cimientos la casilla en la que se le asignaba un duro lugar dentro de la razón. Y no se trata de relegar a la literatura como lenguaje del delirio y simple evocación maniática; de manera opuesta, se ha tenido que reconocer la luz en sus indescifrables párrafos y el recóndito parentesco entre su ser y la vida misma. Sin perder el rumbo, habrá que hacer inmersión en el tiempo arqueológico y como contra la corriente, echar mano de la experiencia del lenguaje, tal como se manifestó en estas tres épocas divididas por una discontinuidad que siempre las releva: el espacio científico del lenguaje no es más que el recorrido inerte de su propia historicidad, la singularidad de su discurso que trata de hallarse libre en la literatura.

#### **a) Prosa ontológica:**

Si hemos vuelto a penetrar las redes del pensamiento renacentista, no será ya para rastrear de forma negativa el *a priori* de su fundamento. Más bien, buscamos en esta ocasión, identificar con paso seguro aquellas cuestiones que se originaron en las alturas del siglo XVI, permitiendo un

tipo de lenguaje propio de ésta época. Anteriormente hallamos la densidad a la que se somete ésta época por su parentesco con la similitud circular. Lo que debe brillar es la apertura hacia la imaginación perpetua que produce la *episteme* renacentista y de la que aun somos herederos, aunque sólo sea a modo de recuerdo. Nos interesa fijarnos en la producción intelectual de dicha *episteme* de la que Foucault da cuenta, para de esta manera, anudar el camino que recorre el lenguaje en nuestra cultura.

Habrá que partir del rumor de la semejanza, que une al pensamiento renacentista. El recorrido que realizan las ideas para ordenarse de acuerdo a este fundamento de lo similar, permite cerrar el círculo que una vez abierto, nos conducía sobre un ciclo interminable. Se trata de hallar la respuesta a una escala *micro*, en la identidad segura de una certidumbre *macro*. Así, las categorías del pensamiento se aplican a la naturaleza siguiendo la similitud que mantiene unido al microcosmos con el macrocosmos, como una voluta ilimitada que conglojera cuanto saber exista acerca de una cosa. Cada clasificación será más completa en tanto haya podido reunir cuanta fábula transite o hasta el mínimo detalle que visiblemente se refiera a dicho objeto en cuestión. Como configuración general de la naturaleza, el juego de las similitudes se enrosca en los límites del mundo, esperando que en la frontera de nuestros cielos se halle la absoluta correspondencia con la profundidad del suelo que pisamos; cerrando un ciclo de dudas que se someten al espacio visible de nuestra experiencia.

Así pues, tenemos que la semejanza se ubica como intermediaria entre los signos y su enlace con lo que significan. De aquí que para el Renacimiento sólo haya certeza de una signatura en tanto

que ésta se identifique, ya sea por Conveniencia; es decir, por una oscura vecindad de lugar que asemejan a las cosas unas a otras por su cercanía espacial. Por Emulación, las cosas podrían imitarse de un cabo a otro del universo sin encadenamiento ni proximidad. Ya sea por Analogía, el más antiguo de los conceptos que mantiene unidas a las cosas ya no por su exterioridad visible, sino que las relaciona por sutilezas casi imperceptibles. Por último, el juego de simpatías libera a las cosas de toda diferencia, atándolas libremente: “la simpatía es un ejemplo de lo mismo tan fuerte y tan apremiante que no se contenta con ser una de las formas de lo semejante; tiene el peligroso poder de asimilar, de hacer las cosas idénticas unas a otras, de mezclarlas, de hacerlas desaparecer en su individualidad”<sup>43</sup>. La semejanza mantiene al mundo y a los lenguajes ligados por una extraña relación que conserva a lo mismo encerrado sobre sí.

Pero resultó que la semejanza condensó tanto las palabras y las cosas, que sería imposible referirse a una sin relacionarla de inmediato con la otra. Los signos deben siempre rendir cuenta de lo que significan por una relación directa con lo semejante. Es decir, para que una interpretación sea posible, en el mundo renacentista debe ligarse directamente a su fuente primera de la que se hace inseparable. Buscar la ley de los signos y el sentido que asemeja lo que significan sería dar cuenta de un origen primigenio en la profundidad de los tiempos. De otra forma, la interpretación no podría más que adjuntarse a los estudios esotéricos de la magia y se le negaría cualquier peso científico: “los conocimientos del siglo XVI constaban de una mezcla inestable de saber racional, de nociones derivadas de prácticas mágicas y de toda herencia cultural cuyo redescubrimiento en los textos antiguos había multiplicado los poderes de autoridad”<sup>44</sup>. La motivación del hombre del siglo XVI

---

<sup>43</sup> *Ibíd.*, 32.

<sup>44</sup> *Ibíd.*, 40.

constituía en hacer de toda esa gran red de saberes venidos de todas partes, una meticulosa estructura de interpretación capaz de reunir en una sola voz y entrecruzar en un mismo texto la densidad del universo.

La prosa de esta época se mantiene en los bordes de una ontología, en tanto descubre en las distintas cosas del mundo una identidad que las enlaza en el ser de lo semejante. Es la identidad entre el conocimiento divino y el humano, pues se admite que el primero fue dispuesto para el segundo en tanto que aquel se deriva de éste. La lengua existe para satisfacer un deseo divino de enunciar en los confines terrenales, las sentencias celestiales. De aquí, se le otorga la facultad al lenguaje de poseer un valor de existencia por lo que se le adjunta en el mismo nivel de las cosas:

“en su forma primera, tal como fue dado por Dios a los hombres, el lenguaje era un signo absolutamente cierto y transparente de las cosas, porque se les parecía. Los nombres estaban depositados sobre aquello que designaban, tal como la fuerza está escrita sobre el cuerpo del león, la realeza en la mirada del águila y tal como la influencia de los planetas está marcada sobre la frente de los hombres: por la forma de la similitud, el lenguaje continúa siendo el lugar de las revelaciones y sigue siendo parte del espacio en el que la verdad se manifiesta y se enuncia a la vez”<sup>45</sup>.

El suelo llano del lenguaje es el mismo en el que habitan las cosas. Los signos están anclados en el mundo por su semejanza con lo que significan y así cada palabra existe cuando corresponde a una materialidad marcada por la similitud de sus características. Todo orden que se llevó a cabo durante el Renacimiento estuvo condicionado por una interpretación de lo que el mundo guarda de similar y mientras se produjo el conocimiento acorde con este dominio, el lenguaje se limitó a restituir un mundo en el que la diferencia se transfigura de tal manera que se ve como anulada y, por una relación sombría se le adjudica el rostro de la semejanza.

De otra parte, con la identidad del lenguaje con el ser de las cosas; en este mismo nivel puede hallarse una jerarquía para la escritura, en tanto revela la verdad de la razón divina que guarda en sus líneas la memoria de un mandato impartido a los hombres desde la profundidad de los tiempos. Además, para el siglo XVI es de gran importancia el adelanto de algunas técnicas y la revelación de antiguos misterios, hasta el momento del dominio de pocos, otorgándole un privilegio absoluto a la escritura:

*“la imprenta, la llegada a Europa de manuscritos orientales, la aparición de una literatura que ya no se hacía para la voz, ni estaba bajo su dominio, el paso dado hacia la interpretación de los textos religiosos según la tradición y el magisterio de la iglesia- todo esto da testimonio del lugar que tomó, en occidente, la escritura. El lenguaje tiene, de ahora en adelante, la naturaleza de ser escrito, la verdadera palabra hay que encontrarla en un libro”<sup>46</sup>.*

Tenemos entonces, para esta época, un tipo de literatura que no será la que ve la luz en la Modernidad, pero que da los primeros acercamientos a lo que ésta podría llegar a ser. Se comienza a vislumbrar una experiencia heredada de todo el teatro medieval y la tradición oral de los sátiros y los juglares, pero que comienza a fijarse en la palabra escrita. Sin embargo, la *episteme* renacentista se halla sumergida en una prosa ontológica de la que será difícil separarse. Difícil, pues esta forma de pensamiento se ha instalado sobre la cultura occidental desde el medioevo, otorgando la confianza de hallarse en los brazos divinos obedeciendo las primeras leyes de los textos religiosos. Aunque el paganismo y las prácticas de la magia nivelan en otro sentido la salida hacia lo desconocido; también vuelcan los eruditos de la época a pensar en una fidelidad absoluta a un texto primero. En el juego de estas posiciones se halla toda una

---

<sup>45</sup> *Ibíd.*, 43, 44.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, 46.

experiencia cultural que llegará a su fin en la discontinuidad que se produce en los primeros años del siglo XVII. Será entonces cuando los círculos de una interpretación al infinito se adhieran en torno a sí mismos, cerrando para el hombre del siglo XVI esta época del Renacimiento.

**b) Gramática general:**

Podría decirse que el lugar que ocupa la semejanza en el Renacimiento es una especie de *macrocosmos* donde convergen las similitudes que rigen esta *episteme*. Mientras el lugar de una prosa ontológica se ubica en el suelo de un *microcosmos* que sirve de interpretación para el siglo XVI, y en el que toman cabida los estudios de la arqueología. Entiéndase que para Foucault, cada *episteme* se halla bajo el dominio de una discontinuidad que revelaría una suerte de duplicidad en los niveles del saber. El espacio científico se opone al *a priori* histórico en la manera en que el objeto accidental se enfrenta al concepto sustancial. Una suerte de metafísica de la que Foucault no puede escapar, por lo menos hasta *Las palabras y las cosas*. De la misma manera en la *episteme* Clásica se ha manifestado una duplicidad: en el nivel de los conceptos aparece la representación como fundamento de toda ciencia. Por otra parte, en un nivel de positividad se encuentra la raíz de una gramática, que mientras trate de ser general estará dominada por el *a priori* de ésta época Clásica.

Acontecen cambios fundamentales en la configuración del pensamiento, mostrando el arribo a una época en la que se abandona el estudio según la pareja interpretación- semejanza. Se libera al signo de su relación inmediata y el enlace del objeto con lo que se dice de él ya no tendrá que

filtrarse a través de la semejanza, sino que la representación vendrá a instalarse en el espacio llano y directo de la significación. “A partir del siglo XVII, lo que se elide es esta existencia maciza e intrigante del lenguaje. No aparece ya oculta en el enigma de la marca: aparece más bien desplegada en la teoría de la significación (...), el lenguaje clásico no existe, sino que funciona: toda su existencia tiene lugar en su papel representativo”<sup>47</sup>. La representación clásica cubre al lenguaje revelando el rostro claro y diáfano del conocimiento. Ya no será necesario creer en el ser divino que se oculta en lo profundo de cada rasgo del mundo, pues toda ontología será sustituida por una epistemología que determinará el origen del signo dentro del mismo conocimiento.

No hablamos de un saber libre de todos los preceptos religiosos, más bien se trata que de ahora en adelante la razón ocupará el lugar de jerarquía que le corresponde. Para comprobar la existencia divina, la *episteme* Clásica deberá juzgar cada uno de los pasos que la acerquen a este objetivo, bajo las condiciones de una lógica perfecta y de una representación al absoluto. Cuando el enigma de las palabras daba origen a una interpretación, necesitó de un segundo lenguaje para restituir la justificación de dicho pensamiento. Ahora será sustituida por una discursividad propia de la representación en que se descubren las esencias primeras por una suerte de mecánica gramatical a la que se le atribuye total confianza.

En lo concerniente al lenguaje positivo, se ubica una oposición fundamental en este paso de una *episteme* a otra, pues el comentario del que se valía la interpretación dará lugar a una crítica representativa a la que deberá someterse cualquier análisis de la época Clásica: “el comentario deja su lugar a la crítica (...), la crítica se opone al comentario como el análisis de una forma visible al descubrimiento de

---

<sup>47</sup> *Ibíd.*, 84.

un contenido oculto (...), la crítica sólo puede analizar el lenguaje en términos de verdad, de exactitud, de propiedad o de valor expresivo.”<sup>48</sup>. He ahí la base de otorgarle un privilegio enorme a la crítica, pues mediante ella todo cuanto era cubierto por las sombras de la semejanza recibirá la luz de la razón, despejando el camino a la representación. Pero se tendrá que identificar cuatro formas distintas de crítica que señalan un nuevo uso del lenguaje, una revalorización de las palabras:

- a. Se trata de una crítica a lo más particular del lenguaje. Una crítica a las palabras en su singularidad, denunciando en estas islas gramaticales aquellas que se mantienen como términos generales y abstractos. Esta crítica busca la construcción de una lengua perfectamente analítica.
- b. Crítica a un orden gramatical de las palabras, yendo hasta su intrincada distribución, en la que se constituye un discurso eficaz, en tanto analiza los valores representativos de la sintaxis. Se trata de juzgar un orden libre o determinado en cada uno de los discursos.
- c. Examen de las formas retóricas. La exterioridad del discurso pondrá en juego la veracidad del mismo. Así, tendrá que someterse al análisis de las figuras retóricas clasificando los tipos de discurso con el valor expresivo de cada uno.
- d. Por último, una relación estrecha entre crítica y lenguaje mantendrá al pensamiento atrapado en un discurso representativo; pues se trata de identificar el orden del lenguaje escrito con lo que el discurso representa.

---

<sup>48</sup> *Ibíd.*, 85.

Lo que está en vías de constituirse es una ciencia cuya especialidad es el lenguaje, encargada de procurar un discurso de la verdad que no de cabida al engaño y cuya lógica permanezca intacta a cualquier análisis: “la gramática general es el estudio del orden verbal en su relación con la simultaneidad que está encargada de representar, no tiene como objeto propio ni al pensamiento ni al lenguaje: sino al discurso, entendido como sucesión de signos verbales”<sup>49</sup>. El objeto de la gramática será el discurso entendido este como la unidad exterior entre lenguaje y pensamiento. A través del discurso se rendirá cuenta de un orden en lo dicho y lo pensado, de acuerdo a las palabras, más aún, a los verbos que lo constituyen.

La simultaneidad entre pensamiento y lenguaje, evidente para otra época, deberá representarse por medio de un discurso en el que se analizará el correcto orden entre sus formas gramaticales para no dejar ninguna significación oculta. La analogía Clásica como semejanza, ha superado el enigma de no representar más que quimeras, para instalarse en la base de la *episteme* Clásica: “el lenguaje se opone al pensamiento como lo reflexionado a lo inmediato”. De esto se trata el discurso: de sostener un orden en las ideas que se piensan, para luego transmitirlos al lenguaje en un procedimiento que se ha llevado a cabo interiormente y representarlas adecuadamente en la exterioridad: “el lenguaje es espontáneo, irreflexionado, natural; no es tanto un instrumento de comunicación de los hombres entre sí, como el camino por el cual la representación se comunica necesariamente con la reflexión”<sup>50</sup>. La representación se encarga de darle un orden a la fluidez libre del lenguaje. Su función radica en instalar el lenguaje en un discurso que refleje

---

<sup>49</sup> *Ibíd.*, 88.

simétricamente al pensamiento. Para la *episteme* Clásica el lenguaje es una “cosa ambigua, tan amplia como el conocimiento, pero siempre interior a la representación”<sup>51</sup>.

Debido a esta variedad, el lenguaje es dividido de acuerdo a las ciencias que se encargan de someterlo a la representación. Las ciencias atan al lenguaje a su función representativa:

1. Se halla una división entre la retórica y la gramática: la primera se libra con el estudio de las figuras y los tropos dentro de un discurso, es decir, analiza la manera en que el lenguaje ocupa un espacio en los signos verbales. La segunda busca la articulación y el orden, hallando la manera en que se dispone el análisis de la representación según un orden sucesivo.
2. Como ciencia del lenguaje, busca la posibilidad de un discurso universal intuyendo una relación entre el lenguaje y la universalidad. La búsqueda mítica desde los tiempos de Babel, de una lengua que pudiese marcar a cada representación con una señal inequívoca. Pero no hablamos de la construcción de una torre para buscar respuestas en el firmamento, sino más bien, de la “posibilidad de definir la marcha natural y necesaria del Espíritu desde las representaciones hasta los más finos análisis o las combinaciones más complejas”<sup>52</sup>. Esta ciencia busca un camino llano entre el conocimiento y el lenguaje. El poder que la época clásica otorga al lenguaje, es el de dar signos adecuados a todas las representaciones; y

---

<sup>50</sup> *Ibíd.*, 89.

<sup>51</sup> *Ibíd.*.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, 90.

mientras esto sea posible, será el lenguaje el elemento más universal con el que se puede contar. Estamos hablando aquí de la aparición de la ideología, cuyos preceptos se ubican en la base de toda la *episteme* Clásica:

“el hombre, por naturaleza, tiende al resultado más cercano y más apremiante. Piensa, en primer lugar, en sus necesidades y después en sus placeres. Se ocupa de agricultura, de medicina, de guerra, de política práctica, después de poesía y de arte, antes de soñar con la filosofía; y desde que se vuelve hacia sí mismo y empieza a reflexionar, prescribe reglas, a su juicio la lógica, a sus discursos la gramática, a sus deseos la moral. Se cree entonces en la cima de la teoría; pero se da cuenta que este centro único de todas las verdades es el conocimiento de sus facultades intelectuales”<sup>53</sup>.

Este pensamiento será una constante durante el siglo XVII y hasta fines del siglo XVIII. El dominio de la representación brinda la posibilidad de emparentar el intelecto con la manera en que se da uso al lenguaje, mediante la construcción de discursos es posible dar cuenta del conocimiento que se posee.

3. Para la gramática general se descubre que conocimiento y lenguaje se entrecruzan de una forma análoga, lo que permitirá una epistemología cuyo orden se someterá a una lógica estricta. Así pues, “el conocimiento es como un lenguaje en el que cada palabra habría sido examinada y cada relación verificada. Saber es hablar como se debe y como lo prescribe la marcha cierta del espíritu; hablar es saber como se puede y según el modelo que imparten quienes comparten el nacimiento”<sup>54</sup>. El conocimiento de la lengua materna se hace indispensable hasta el grado en el que se eleva nuestro saber para rendir cuenta del lugar geográfico que ocupamos. Cada lengua usa las palabras en una forma particular, pero lo que se advierte es que todas permiten un orden tal, al

---

<sup>53</sup> *Ibíd.*, 90.

que se accede de acuerdo al conocimiento que se maneja. Es así como la gramática ha permitido instaurar en el lenguaje un dispositivo de análisis en que se comprobaría el nivel de conocimiento al que se tiene acceso por medio de determinada lengua. Como Foucault advierte:

“los mejores tratados de lógica del siglo XVIII habían sido escritos por gramáticos: porque las prescripciones de la gramática eran de orden analítico y no estético. Se hace posible algo así como una historia del conocimiento: lo que nos dejan las civilizaciones y los pueblos como monumentos de su pensamiento, no son los textos, sino más bien los vocabularios y las sintaxis, los sonidos de sus idiomas más que las palabras pronunciadas, menos sus discursos que lo que los hizo posibles: la discursividad de su lenguaje”.

La gramática ha hecho posible el análisis del lenguaje como una herencia que rinde cuenta de un conocimiento particular de su cultura. Esta discursividad de la que se habla aquí, arrastra al lenguaje hasta sus primeros gritos, cuando aún no se contaba con la capacidad de reunir los sonidos, para dar luz a una palabra y los trae de nuevo al suelo de la *episteme* Clásica observando la carga que consiguió poner a sus pies un lenguaje tan complejo y tan variado como el que usamos. Para la época Clásica “conocer y hablar se entremezclan en la misma trama: se trata, con respecto al saber y al lenguaje, de dar a la representación signos por medio de los cuales se la pueda desarrollar según un orden necesario y visible.”<sup>55</sup>.

4. Como objetivo último de esta ciencia que se rige por el análisis y el orden, el lenguaje se relaciona de una manera singular con el tiempo. El tiempo, entendido como la cuestión por arrancar al lenguaje de un misticismo e instalarlo dentro de las circunstancias que hicieron posible su entrada dentro de un saber propio. A demás de descubrir que el paso de los años ha servido como principal influencia en el modo en que se usa el lenguaje; lo que instaura esta

---

<sup>54</sup> *Ibíd.*, 92.

relación con el tiempo, es su acercamiento a una Modernidad que, no obstante, se vislumbra como inalcanzable, pues no se trata de una historicidad que llevaría en sí el desenvolvimiento del lenguaje, sino de cómo se originó la función representativa del discurso. Se busca ordenar, según una cronología, la aparición de sucesos espontáneos que enriquecen el lenguaje y lo cargan de representación. Entendida de esta manera, “la gramática general definirá el sistema de identidades y de diferencias que suponen y utilizan estas características espontáneas. Establecerá la taxinomía de cada lengua. Es decir, lo que fundamente, en cada una de ellas, la posibilidad de sostener un discurso”<sup>56</sup>. Sostenerlo significa aquí estar bajo el dominio de la representación y de que manera cada idioma ordena las palabras buscando la construcción de sus discursos dentro del conocimiento.

Pero que no se piense que los bordes se han alcanzado y que la *episteme* Clásica está preparada para oscilar. Al contrario, se ha incrustado aun más en su positividad y de lo que se encargará ahora será en dar razones a la experiencia del lenguaje, disgregando sus elementos para no dejar cabos sueltos, sino cubrir de representación cada uno de los signos que constituyen una lengua. Aparece una nueva analogía que de forma particular se atreve a circunscribir los rasgos generales. La gramática general termina siendo una ciencia deductiva del lenguaje que de lo complejo a lo simple va allanando el camino de la representación. Es así como se nos pone delante a la proposición misma. Conjunto básico y complejidad primera de todo discurso: “la proposición es, con respecto al lenguaje, lo que la representación es con respecto al pensamiento: su forma más general y más elemental”<sup>57</sup>. Analogía que restituye un valor representativo a la proposición. La función que la proposición ocupa en un discurso es la de representar al pensamiento como

---

<sup>55</sup> *Ibíd.*, 93.

<sup>56</sup> *Ibíd.*, 97..

fundamento del lenguaje. Pero ¿cuál es el valor propio de una proposición? ¿Cómo se puede ilustrar el doble papel de ser general y elemental? Foucault nos dice: “es verdad, que originalmente el hombre sólo producía simples gritos, pero éstos no empezaron a ser lenguaje sino el día en que encerraron- aunque sólo sea en el interior de su monosílabo- una relación que pertenecía al orden de la proposición (...), lo que erige a una palabra como tal y la sostiene por encima de los gritos y de los ruidos, es la proposición oculta en ella”<sup>58</sup>. Tenemos aquí como se ha cubierto este espacio que permaneció vacío por muchos años, pero que en la representación sobresale en un nivel discursivo. Pues la palabra, tomada como isla sin más, no conduce más que a sus playas estériles, mientras que la palabra como tal saldrá a flote si se piensa en ella como un archipiélago que construye una proposición con sentido propio: “es la proposición la que separa el signo sonoro de sus valores inmediatos de expresión y la instaure, de modo soberano, en su posibilidad lingüística. Para el pensamiento clásico, el lenguaje comienza donde no hay ya expresión, sino discurso”<sup>59</sup>.

Pero incluso podríamos ir más lejos, pues la gramática no se detiene en este conjunto significativo que es la proposición: “el umbral del lenguaje se encuentra donde surge el verbo”<sup>60</sup>. Esta palabra que reúne a la acción misma se somete al análisis y se descubre en ella un ser mixto que ubica a la palabra en sus límites. El verbo se halla al borde del discurso justo donde los signos se hacen lenguaje ¿Por qué la importancia de esta palabra tan particular? Justo porque ella convoca toda la esencia del lenguaje en la singularidad que manifiesta. Su poder sobrepasa la experiencia misma pues “el verbo puede afirmar la muerte tanto como la existencia”<sup>61</sup>. Un doble

---

<sup>57</sup> *Ibíd.*, 97.

<sup>58</sup> *Ibíd.*.

<sup>59</sup> *Ibíd.*, 98.

<sup>60</sup> *Ibíd.*.

<sup>61</sup> *Ibíd.*, 100.

filo debido a que al afirmar un verbo se le permite decir la verdad o caer en el error. Siendo esta palabra susceptible de valorizar el mundo, el único camino al discurso será a través del verbo. Se le otorga un poder singular a esta palabra pues tiene la capacidad de hacer que los signos pasen directamente a lo que ellos significan. Su conexión ancla la realidad científica con las condiciones históricas.

La gramática general ha realizado un minucioso estudio del lenguaje en sus particularidades, desde el discurso con sus facultades cognoscitivas, pasando por la proposición debido al reconocimiento de su complejidad significativa. Para ubicar en el verbo las luces de la acción hecha palabra, los gramáticos de la *episteme* Clásica le otorgan un gran valor científico al análisis representativo de las lenguas; por considerar que a través de un correcto orden en el discurso se revelaría la verdad oculta en las palabras; a la que el hombre puede acceder siguiendo paso a paso las coordenadas de un lenguaje bien hecho. Foucault nos muestra, con su método arqueológico que:

“toda la reflexión clásica sobre el lenguaje- todo lo que se llamó la gramática general- no es más que el comentario riguroso de esta simple frase: el lenguaje analiza. En el siglo XVIII, oscila en este punto toda la experiencia occidental del lenguaje- experiencia que había creído siempre, hasta este momento, que el lenguaje hablaba”<sup>62</sup>.

El lenguaje analiza, pues sus distintos elementos nos sirven para representar a cabalidad, y por una transparencia reveladora, el orden del pensamiento. La experiencia clásica del lenguaje permanece cubierta por su poder representativo pero no se trata de que las palabras enuncien tan sólo un ser de la representación; además, éstas podrán nombrar en el murmullo de su indicación algo representado en el conocimiento: “hablar o escribir no es decir las cosas o expresarse, no es jugar con el

lenguaje, es encaminarse hacia el acto soberano de la denominación, ir, a través del lenguaje, justo hasta el lugar en el que las cosas y las palabras se anudan en su esencia y que permite darles un nombre”<sup>63</sup>. De lo que se encarga el discurso a lo largo de la época clásica; la tarea fundamental para la gramática general, durante los siglos XVII Y XVIII, es atribuir una palabra a cada cosa con la facultad de otorgarle un nombre, confiando en que esto ha conseguido representar el ser de las cosas al ser enunciado: “al nombrar el ser de toda representación en general era filosofía: teoría del conocimiento y análisis de las ideas. Al atribuir a cada cosa representada el nombre que le convenía y que, por encima de todo el campo de la representación, disponía la red de una lengua bien hecha, era ciencia”<sup>64</sup>. Se ha duplicado el papel del lenguaje y entre filosofía y ciencia comenzará a abrirse el espacio para que surja, en una época siguiente, todo el destello de las ciencias humanas. En este espacio que el lenguaje recorre de la filosofía a la ciencia va a aparecer el retorno de la literatura, pero en esta ocasión con una luz propia que justifique su libertad. La gramática general, como ciencia del lenguaje, ha brindado la posibilidad de observar al lenguaje como objeto científico según el orden representativo de la *mathesis*; pero no consiguió librarse de un tipo de conocimiento que en el espesor de lo dicho ha palpitado con tanta fuerza desde el Renacimiento. El lenguaje se ha constreñido bajo el dominio de la representación y no pudo rendir cuenta de la luz de las palabras y el conocimiento del delirio.

### **c) Filología:**

El ejercicio que hemos realizado alrededor de este capítulo trata de sacar a luz el suelo positivo de las ciencias del lenguaje, el espacio sobre el que se han manifestado en nuestra cultura

---

<sup>62</sup> *Ibíd.*, 120.

<sup>63</sup> *Ibíd.*, 122, 123.

occidental. Este espacio se ubica en un lugar distinto al de los fundamentos que las han hecho posible; único interés del capítulo anterior. Ahora que sobre nosotros ha recaído el peso y el compromiso con la arqueología de las ciencias humanas, desde la cual pretendemos algo así como extirpar los conceptos propios del lenguaje que permitieron o, más bien, influyeron en la consecuente aparición de la literatura para una edad Moderna. Nuestra mirada no necesita de un rastreo de autores para determinar en cual de sus obras se hizo posible algo como un discurso literario, sino sacar a luz el momento en el que fue necesario reconocer el valor cultural de dicho discurso. No hemos traído a estas páginas el nombre de los gramáticos, ni de los ilustres renacentistas; sin la intención de desmeritarlos, ni de despojarlos de sus obras, pues para el trabajo presente es suficiente el hecho de que se hallen inmersos en el cuadro arqueológico que Foucault ha trazado en *Las palabras y las cosas*. Por el momento, nuestro estudio se limita al marco epistemológico de este libro, aunque se haya traído a colación *La historia de la locura* para ilustrar un factor determinante para la época clásica, como desde luego lo fue, toda la experiencia de la locura.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, la *episteme* Clásica va a asimilar en sus bases positivas nuevos conceptos del entendimiento que la hacen oscilar; abriendo el espacio a un tipo de saber del que no se ha rendido cuenta en tiempos precedentes. En el umbral de esta época Moderna se halla la filología como ciencia del lenguaje, cuyo estudio comenzará a desligarse de la representación como tal, otorgándole el valor propio a la palabra sin más. Y es en este mismo umbral en el que va a surgir, libre y soberano, el ser literario como una ontología del lenguaje;

---

<sup>64</sup> *Ibíd.*, 125.

pero sin los peligros renacentistas de encerrar al mundo en círculos semejantes, sino como un lenguaje del hombre: un discurso de la misma palabra, validado por ella como discurso antropológico.

Hemos visto como la gramática general ha estado bajo el dominio de la representación clásica que pretendió la simultaneidad de un pensamiento en el discurso y, de esta forma, la entrada del discurso en el orden de la *mathesis*, como un cuadro de ideas cuya medida podría rastrearse paso a paso según un método matematizable. La apertura hacia una nueva *episteme* se lleva a cabo por medio del descubrimiento de una flexión en las palabras que revela la estancia de una historicidad en el intersticio de sus particularidades. Se trata de la vecindad de cada una; el lugar que ocupan dentro de un discurso dispone cambios a su capacidad de enunciación y varía el sentido de cada proposición. Así, se ejecuta un cambio en las palabras, con un espesor difícil de identificar para la época en que se llevó a cabo; pero que puede hallarse en la arqueología de manera evidente. Lo que alcanza a filtrarse por entre estas particularidades es el desorden propio del orden representativo: algo así como la deconstrucción de una discursividad, en tanto que el ser mismo de la palabra se encuentra ahora en su arquitectura esencial y su significación depende del lugar que ocupa en una determinada frase:

“Sí la palabra puede figurar en un discurso en el que quiere decir algo no será en virtud de una discursividad inmediata que detentaría de suyo y por derecho de nacimiento, sino porque en su forma misma, en las sonoridades que la componen, en los cambios que sufre de acuerdo con la función gramatical que cumple, de las modificaciones en fin a los que se encuentra sometida a través del tiempo, obedece a un cierto número de leyes estrictas que rigen de manera semejante todos los demás elementos de la misma lengua; tanto que la palabra no está ya vinculada a una

representación sino en la medida en que forma parte de antemano de una organización gramatical por medio de la cual define y asegura su coherencia propia la lengua”<sup>65</sup>.

El descubrimiento de la gramática general que permitió el paso de un lenguaje Clásico a una Modernidad, obedece a la aparición de leyes singulares para cada lengua. Se ve truncado el propósito de una lengua universal, pero en su lugar surge la necesidad de una gramática comparada para cada idioma. Así, de acuerdo a la organización de las palabras, según cada lengua fue posible hallar la raíz donde converge la constitución de un origen indoeuropeo para todas las lenguas occidentales. Las modificaciones que se presentan a través de estos factores positivos de la investigación lingüística permanecen aislados para la conciencia histórica de la época; no se percataron que al modificar la exterioridad, se ha modificado la materialidad y el modo de ser de nuestro lenguaje.

Lo que se advierte es el desuso de un lenguaje que habitaba hasta entonces, y el que comienza a recubrirse de un espesor histórico que ensombrece la relación entre el lenguaje y sus representaciones. Sin embargo, este acontecimiento es difícil de ubicarse en el momento en el cual se originó. Debido a esto, la fundación de una disciplina como la filología creyó hallarse en un espacio lateral y casi lejano para nuestra cultura, como si con ello no se hubiese instaurado al lenguaje en nuestra Modernidad.

---

<sup>65</sup> *Ibíd.*, 274, 275.

“¿Cómo se formó esta positividad filológica? Cuatro segmentos teóricos nos señalan su constitución a principios del siglo XIX”<sup>66</sup>. A continuación se señalará el contenido de estos segmentos que determinan la filología como ciencia moderna del lenguaje:

1. Caracterización interna de cada lenguaje. Es decir, se identifica la distinción entre las lenguas y de ahora en adelante se estudiarán de acuerdo a su organización particular, distinguiendo las condiciones que las hacen partícipes del conocimiento. Con la filología se abandona la clasificación clásica que definía las lenguas según su jerarquía semántica. De ahora en adelante se juzgarán por criterios de organización interna y ya no habrá lenguas más importantes que otras, determinadas por el modo en que la representación es acogida de manera precisa y más fina. La filología dará equivalencia a las lenguas aceptando que poseen organizaciones internas diferentes.

2. El objeto de la filología será el estudio de las variaciones internas del lenguaje. Así que, esta disciplina tendrá una especificación en cada lengua, en el enfoque de su investigación. Se advierte que el lenguaje, más allá de la escritura, está compuesto por una serie de elementos sonoros, de los que emanaría una multiplicidad que se encargará de justificar esta ciencia del lenguaje: “para la gramática general, el lenguaje nació cuando el ruido de la boca o de los labios se convirtió en letra, ahora se admite que hubo lenguaje desde el momento en que estos ruidos se alteraron y dividieron en una serie de sonidos distintos. Ahora todo el ser del lenguaje es sonoro (...), ha adquirido una naturaleza vibratoria que lo separa del signo visible para acercarlo a la nota musical”<sup>67</sup>.

---

<sup>66</sup> *Ibíd.*, 278.

<sup>67</sup> *Ibíd.*, 279, 280.

3. Con esta manera musical de analizar las palabras, la filología se ve en la necesidad de hallar una teoría nueva de la radical, como una ley más segura de las modificaciones preposicionales y verbales. Con el elemento sonoro, la palabra se ha derivado de una radical arcaica, de la que se desprendería luego un cúmulo de variaciones. Más allá del verbo, se ubica una raíz primigenia que revela toda la tradición del lenguaje. De allí surge la variedad en la conjugación verbal. Así, se tiene a las raíces verbales, ya no como las representaciones visibles de un pueblo, sino que se originan en los deseos y voluntades que los anuncian. “el lenguaje no está ya ligado a las civilizaciones por el nivel del conocimiento que hayan alcanzado (la finura de la red representativa, la multiplicidad de lazos que pueden establecerse entre los elementos), sino por el espíritu del pueblo que los ha hecho nacer, las anima y puede reconocerse en ellas (...), hace visible la voluntad fundamental que mantiene vivo a un pueblo y le da el poder de hablar un lenguaje que sólo le pertenece a él”<sup>68</sup>. La filología le otorga un valor significativo a la raíz etimológica, de la se desprende un sentido lejano, para incrustar en el lenguaje esa historicidad que lo ha hecho posible; sacando a la luz los fundamentos en los que se pensó de manera singular para una cultura, todo el mundo que la rodea.

4. La filología permite instaurar un sistema de parentesco entre las lenguas y por consiguiente, logra agrupar las lenguas en grupos discontinuos. Según las identidades y diferencias se han de relacionar en su misma historicidad. Con este último segmento se ha separado la filología de lo que se pensó un siglo atrás como gramática. Será aquella y no ésta la que descubra por completo un objeto tan particular como lo es el lenguaje. Hablamos de la constitución de una experiencia propia en las palabras; ya no desde la forma en cómo éstas representan al conocimiento, más bien se trata de cada una en su particularidad y en la historia que las hizo posibles. Así aparece el

---

<sup>68</sup> *Ibíd.*, 284.

lenguaje en su legalidad propia, antes de la filología sólo era el instrumento por el que se accedía al saber, ahora hace parte de éste como fundamento inextricable:

“El orden clásico del lenguaje se ha cerrado ahora sobre sí mismo (...), el lenguaje era un conocimiento y el conocimiento era con pleno derecho un discurso: sólo se podía conocer las cosas del mundo pasando por él (...), el conocimiento clásico era profundamente nominalista. A partir del siglo XIX, el lenguaje se repliega sobre sí mismo, adquiere su espesor propio, despliega una historia, leyes y una objetividad que sólo a él le pertenecen. Se ha convertido en un objeto de conocimiento entre otros muchos: al lado de los seres vivos, al lado de las riquezas y el valor, al lado de la historia de los acontecimientos y de los hombres”<sup>69</sup>.

Se ha revelado entonces el propósito de la arqueología al echar mano de la historia de las ideas. Más que denunciar el olvido de una memoria fatal, en el paso del tiempo, que termina por dejar a un lado, y como en sombra, las discontinuidades en las que se pliega el pensamiento de cada época; la arqueología se ocupa de reorganizar los métodos y las condiciones que hicieron posible el estudio de determinados conceptos ilustrados como pilares de nuestra cultura. Se ha encargado, la arqueología, de sacudir los cimientos de lo mismo para que ante nuestra mirada se muestre, limpia y sin prejuicios, toda la historia que nos ha llevado hasta nuestra Modernidad. Y así hallarnos con la aparición del lenguaje en una fecha reciente y casi que a medio camino; al contrario de lo que dogmáticamente se podría pensar, como la práctica más antigua. Es que la filología mantiene la expectativa por esta inquietud de analizar cuanto se ha dicho, esperando siempre la innovación de lo que está por decir. En otras palabras, la historicidad del lenguaje ha incrustado, en los libros, la discontinuidad de ser un saber heredado y, a la vez, un saber por

---

<sup>69</sup> *Ibíd.*, 289.

descubrir. Un doble sentido en la palabra que, por un lado, incita a la escritura y, por otro, se mantiene en el rumor constante de sólo hablar:

“se comprende la renovación, muy marcada en el siglo XIX, de todas las técnicas de la exégesis. Esta reaparición se debe al hecho de que el lenguaje ha retornado a la densidad enigmática que fue suya durante el renacimiento. Pero ahora no se tratará de reencontrar una palabra primera que se hubiera escapado, sino de inquietar las palabras que decimos, de denunciar el pliegue gramatical de nuestras ideas, de disipar los mitos que animan nuestras palabras, de volver a hacer brillante y audible la parte del silencio que todo discurso lleva consigo al enunciarse. El primer libro de *El capital* es una exégesis del valor, todo *Nietzsche*, una exégesis de algunas palabras griegas; *Freud*, la exégesis de todas esas frases mudas que sostienen y cruzan a la vez nuestros sueños, nuestro cuerpo. La filología como análisis de lo que se dice en la profundidad del discurso *se* ha convertido en la forma moderna de la crítica”<sup>70</sup>

Esta ciencia moderna del lenguaje, que se ha denominado como filología, permite el análisis del discurso por medio de su descomposición; en busca de la raíz que enuncia, en el extremo de la historia, el paso que necesitó la palabra para armarse tal y como se nos presenta. Es así como, mediante su método propio, se abre el camino discontinuo del análisis moderno. Discontinuo pues permite rivalizar entre dos maneras de presentar el análisis:

“los métodos de interpretación se enfrentan a las técnicas de formalización: interpretar y formalizar se han convertido en las dos grandes formas de análisis en nuestra época (...), se trata, de hecho, de dos técnicas correlativas cuyo suelo común de posibilidad está formado por el ser del lenguaje; tal como se constituyó en el umbral de la época moderna (...), lo que explica muy bien el doble camino del siglo XIX hacia el formalismo del pensamiento y hacia el descubrimiento del inconsciente (...), esfuerzo por hacer llegar hasta nuestro discurso el suelo de la experiencia, el sentido de ser, el horizonte vivido de todos nuestros conocimientos: el estructuralismo y la fenomenología”<sup>71</sup>.

---

<sup>70</sup> *Ibíd.*, 291.

<sup>71</sup> *Ibíd.*, 292, 293.

Estas prácticas modernas dan el paso al límite del lenguaje que luego se encargará de habitar la misma literatura. Como objeto de conocimiento, el lenguaje manifiesta una discontinuidad en lo que enuncia. Por ello, la filosofía saca del discurso el murmullo que proviene del silencio escondido entre líneas. Mientras la literatura va a desplegar un tipo de discurso en el que se libere el ser del lenguaje, haciendo referencia a la palabra misma. La filosofía lleva a la calma toda la vibración de las letras. La literatura baila al compás de la sonoridad del sueño. Si se quiere entender la literatura como ontología del hombre, se tendrá que aceptar que ella es la que mantiene al discurso dentro de sí mismo y se justifica por el mismo acto de la palabra.

Se descubre entonces, en la literatura, la posibilidad de un discurso que no sólo está marcado por la locura; además se trata de un discurso del retorno del ser, del comienzo del hombre: de un hombre vigoroso y lleno de luz dispuesto a asumir la carga de la vida, del trabajo y el lenguaje. Un tipo de poesía que permitió que la locura del lenguaje fuese desplazada y en su lugar se halla ahora un lirismo del deseo:

“Lo que hay de propio en el lenguaje de la poesía romántica, es que ésta es el lenguaje de la locura y del reconocimiento absoluto: fin del hombre que se hunde en la noche, y descubrimiento, al cabo de esta noche, de una luz que es la de las cosas en su comienzo primerísimo (...), la locura habla el idioma del gran retorno: no el retorno épico de las largas odiseas, en el recorrido indefinido de los mil caminos de lo real, sino el retorno lírico por una realización instantánea que, madurando de golpe la tormenta de la realización, la ilumina y la aplaca en el origen encontrado”<sup>72</sup>.

Foucault habla del final de la época Clásica como la entrada a la *episteme* de un tipo de discurso tal que aceptando que su poder proviene de la locura, no deja de conducirnos hacia la luz de la

---

<sup>72</sup> *Historia*. Tomo III. 272, 273.

razón. Lo que acontece con la estructura antropológica es que vuelve a ser ternaria como en el Renacimiento. Abandona la época Clásica en la que las parejas encerraban al pensamiento en las condiciones de una metafísica y una epistemología tal como verdad- error, mundo- fantasma, ser- no ser, día- noche. Para la Modernidad, la imaginación de la semejanza será la condición que habrá de superarse para alcanzar el fin último y que; sin embargo, en el hombre, seguir un fin no es más que conducirse hacia un recommienzo. Pues “del hombre al hombre verdadero, el camino pasa por el hombre loco”. La transfiguración del hombre, en el umbral de la modernidad, se produce con la aparición de un lenguaje cuya facultad es la de ser siempre discontinuo, mediante su ser literario.

El ejercicio de este trabajo nos ha puesto ante el arribo a una episteme en la que nos mantenemos anclados y cuya salida sólo podrá presentarse a modo de profecía, queriendo anticipar y, quizás, calcular el giro que dará el conocimiento una vez que se deje de pensar como hasta ahora se ha hecho. El riesgo, que se ha tomado en estas páginas es el de liberar a la teoría de su misma fuente, como si se considerara que sola podrá emanar con más fuerza toda la luz que posee. Se ha querido aquí, liberar al discurso de la voz primera que lo trajo al mundo, otorgando a la arqueología una independencia de la que, tal vez, no salga bien librada.

Aunque la intención puede parecer peligrosa, pues al dejar libre los discursos, sin la mano paterna que los vio nacer, podrían caer pronto bajo las coquetas olas del delirio, lejos de las playas de la razón. Sin embargo, se trata de mostrar como los libros pueden sobrevivir libres sin la restricción de sus autores.

Se muestra cómo es posible, sin la propiedad de leyes restrictivas, circunscribir el campo científico que se ha encargado de estudiar determinado objeto del conocimiento. Por supuesto, con los textos *foucaultianos* como únicos guías, en el marco de su arqueología, a través de una historia que los vio acontecer que dejando al discurso sin los indicios históricos que ilustraron su alumbramiento, se escapará los fundamentos conceptuales que permitieron su análisis

El papel de la historia se instala por completo, revelando el tránsito desde una prosa ontológica, luego una gramática general, para seguir con la filología. Se ha visto cómo se constituyó históricamente el concepto de lenguaje; del cual más adelante surgirá, con sus propias condiciones, el discurso literario. Nos ha interesado abrir el análisis histórico para someterlo al orden arqueológico que manifiesta al lenguaje como objeto de estudio. En la literatura, éste objeto dará un giro en su significación, de esta manera el lenguaje se verá como sujeto de su propio discurso. La evidencia inmediata de la arqueología es la posibilidad de discontinuidad, es decir, la posibilidad de que se piense de acuerdo a reglas, condiciones y niveles de los que no se tenía en cuenta para épocas precedentes. Como una inversión en los esquemas del pensamiento. La discontinuidad es un juego de transformaciones; nos interesó seguir aquí, paso a paso, aquellas ligadas entre sí por el análisis del lenguaje.

## V. EL UMBRAL CONTEMPÓRANEO.

*“El discurso no es la vida: su tiempo no es el vuestro; en él, no os reconciliaréis con la muerte; puede muy bien ocurrir que hayáis matado a Dios bajo el peso de todo lo que habéis dicho; pero no penséis que podréis hacer, de todo lo que decís, un hombre que viva más que él.”<sup>73</sup>*

El camino que seguimos comienza a vislumbrar el final de su recorrido y el arribo a las conclusiones de lo dicho. Ya se ha expuesto los objetivos y realizado los estudios que traería de vuelta a los textos *foucaultianos*, cuyo margen histórico se limita a la década de 1960. La principal intención de que sean estos y no aquellos, el motivo por cual se han elegido las obras de la juventud literaria de Michel Foucault no se ha disipado por completo.

La oportunidad que nuestro autor tuvo, como personaje de su tiempo, resulta envidiable para cualquier amante del saber y de las buenas letras. Como francés de la burguesía pudo acceder a la mejor educación de su país y entabló los mejores contactos hallando las fuentes directas, que tanto anhelaría cualquier investigador curioso. El rango de su edad no excede los setenta años, pero fue suficiente para testificar coyunturas mundiales de inagotable valor político-cultural.

---

<sup>73</sup> *Arqueología*. 335.

El primer Foucault, como también puede llamarse a nuestro trabajo, está impregnado de nociones interdisciplinarias que se cruzan insaciablemente en sus discursos. Siempre dispuesto a ofrecer otras orientaciones, otros ejemplos que allanen el sendero por cual nos ha encaminado. Pero, cuidado con los transeúntes ingenuos, pues la amplia línea de sus afirmaciones vuelve a cambiar al término de su enunciación.

Podremos hallar otros textos en los que se ponga en entredicho lo que aquí quiere mostrarse; incluso, por momentos puede agotarse la credulidad de quien juzga las presentes páginas. No ha sido una meta obstinada el regirse bajo los estrictos parámetros de lo “ya acordado”, de lo “tal como lo has dicho”. Si tomamos a Foucault, al pie de la letra, tendremos que dejar a un lado, su evidente esquizofrenia.

Existe otro Foucault. Siempre renovado nuestro autor aparece en los alaridos del sanatorio, en los grises pasillos de la clínica, al interior de las prisiones, y al final, en los dormitorios de los estoicos romanos. En este caso, queremos convocar al Foucault más complejo, múltiple y variable. El francés de la literatura enigmática. El erudito inagotable que tiene a la mano diferentes palabras para las mismas inquietudes.

Sin embargo, hay un límite al que Foucault no logra escapar: su muerte. En su proyecto de retomar la historia para arrancar de ella las otras historias, no ha conseguido burlar el ocaso de su final. Sus más confidenciales objetivos han quedado expuestos sólo a través de su pasado. Su análisis exhaustivo sobre las edades de la humanidad, no puede sino mostrarle los umbrales de la

modernidad, pero no el momento eminente de su clausura. Foucault es testigo de la inauguración de un tipo moderno de pensar la ciencia y sólo podrá adelantarse a su final a modo de profeta. Su interés por la literatura le ha concedido tal privilegio.

El enigma de Michel Foucault es justo su dominio sobre los asuntos ya acontecidos, que le permiten acercarse a una edad, por encima de la suya, en la cual los hombres y todo lo que se sabe de ellos, tal y como lo conocemos hoy, se haya borrado por completo de la faz de la tierra. Entonces, habríamos arribado a la aniquilación del saber humano, y con él, a la culminación de las formaciones discursivas.

Considerando que se ha hecho lo posible por estrechar nuestra discusión sobre el discurso con el estudio de las palabras y las cosas, y que obligados por nuestro propósito inicial habrá de conducir el trabajo a los territorios enunciativos de la Arqueología del saber. Este último libro se produce como respuesta a las objeciones hechas a *Las palabras y las cosas*. Sin haber transcurrido muchas páginas en el texto de 1966, ya nos anticipa la necesidad de publicar los pormenores de su método analítico. Tres años después saldría al mundo un libro lleno de la paranoia por evadir los cabos sueltos de sus proyectos, al mismo tiempo que nos invita a continuar su línea discursiva desde distintos ángulos. La necesidad de especificar el campo de estudio y las direcciones que sigue su arqueología nos lleva, del lado deductivo señalado en *Las palabras*, hacia un lado inductivo que integra consecutivamente los pasos metodológicos que sigue cualquier formación discursiva para identificarse como ciencia del saber humano.

A modo de conclusiones tendremos que finiquitar la discusión. Si estuvimos atentos, hemos de intuir las tres direcciones a las que apunta esta parte final. Las conclusiones positivas darán por concluido el tema de la discontinuidad, que hemos representado bajo el doble de un *a priori* histórico y de una científicidad del lenguaje. Las conclusiones arqueológicas tendrán la tarea de agotar el tema de la *Episteme*, hallarán el específico trabajo de un estudio arqueológico del saber, cuyo objetivo es describir el Discurso, indagando los fundamentos de la Historia y la Ciencia. Por último, vincularemos a este proyecto el texto del Pensamiento del Afuera, donde se instaurará una formación discursiva como la ciencia literaria, ubicando el vértice equidistante en el que Foucault inaugura las playas posibles para una discusión contemporánea. El final de la literatura abre las puertas de la descripción arqueológica, para prometer una continuación mediante una crítica estética al discurso literario.

### **5.1. Conclusiones positivas:**

Lo que tenemos, en estas alturas del trabajo, es un recorrido cuya profundidad mostrará los pasos formativos hacia la consolidación de una ciencia literaria, donde el lenguaje sea, ahora, libre y espontáneo. Dijimos anteriormente que esto sólo sería posible al término de un recorrido epistemológico en el que se analizará los saberes del Renacimiento, las disciplinas Clásicas, hasta las ciencias modernas. Por supuesto, no se trató de cualquier tipo de objeto, desde el comienzo se limitó a bordear los estudios lingüísticos realizados en cada una de las épocas. Como Foucault lo advierte, no son sólo los aquí presentados, no se ha hecho un marco geográfico siguiendo las distintas formas en que los hombres han dado uso a su facultad discursiva. Lo que

sí se ha planteado es una discontinuidad en las bases del pensamiento que permiten abrir el campo de acción en otros pliegues.

Discontinuidad no es un concepto propiamente *foucaultiano*; más bien, se trata de esa corriente que desde *Nietzsche* se ha interesado por la relación ambigua entre historia y ciencia. La discontinuidad en manos de Foucault puede conducirse en múltiples direcciones hasta quedar exhausta por su aplicable variedad. Sin embargo, no hay que dejarse engañar por la aparente docilidad de lo discontinuo; habrá que navegar con suma cautela una vez que se haya hecho inmersión en sus aguas, pues el exceso de figuras y la alta marea de referencias puede costarle la vida a un proyecto tan arriesgado.

Un paso atrás y retomemos. Al tratar lo discontinuo hemos venido realizando un “análisis bipolar de lo antiguo y de lo nuevo”<sup>74</sup>. Es decir, en su tiempo, ninguna de las disciplinas aquí tratadas- Prosa Ontológica, Gramática General, Filología, igualmente Literatura –ha dado respuesta al ¿Por qué? de su validez. Si lo han hecho es sólo en la medida en que han necesitado de prácticas anteriores a ellas, para retomar alguna discusión pendiente de nuevas conclusiones o simplemente tomando distancia, convencidas de hallarse en otros terrenos. No se ha pretendido analizar estos saberes discursivos, relacionándolos someramente para al final instaurarlos en un cuadro, donde salgan a flote sus triviales semejanzas. Definitivamente se buscaba- con mucho olfato y algo de astucia- localizar el campo discursivo que ha rodeado a las formaciones lingüísticas.

---

<sup>74</sup> *Ibíd.*, 238.

En la *Arqueología*, Foucault plantea este tipo de búsqueda. Al responder a la pregunta de ¿qué es lo original y lo regular en un determinado saber? está queriendo librarse de críticas ligeras acerca de su análisis arqueológico. Así, es posible identificar dos clases de enunciados dentro de una formación discursiva. Por un lado, los enunciados creadores funcionan como principios activos dentro de los discursos, pues los conducen a nuevos dominios. De otro lado, los enunciados imitativos repiten los pasos de antecedentes lejanos y de alguna manera podrían llamarse principios pasivos del discurso. Entre estos enunciados se abre un conjunto de formaciones en las que se hace visible la discontinuidad del saber. Por esto, es recurrente hallar en las prácticas enunciativas un modo de relacionarse en homogeneidad a la historia de sus antepasados. Pero de igual manera, se halla la expectativa de permanecer distanciados en la heterogeneidad de sus posibilidades.

La discontinuidad produce las transformaciones verbales y de igual manera, las mantiene en las analogías del lenguaje. La lógica hace parte de los cambios, pues ésta puede enunciarlos al término de un plazo ya concluido. La contradicción de la discontinuidad es una noción básica cuya descripción fundamentaría una formación enunciativa particular.

Las conclusiones positivas nos permiten aclarar el estudio específico que lleva a cabo Michel Foucault en sus obras. Mientras se hable de discontinuidad obviaremos las consecuencias pragmáticas de su acontecimiento y mejor nos referiremos a aquellas transformaciones discursivas que hayan afectado determinados períodos enunciativos. Recorriendo en la base de las escansiones históricas una duplicidad temática. Los términos que han funcionado (para el

presente trabajo) como metáforas de la oposición discontinua son: desde un ángulo el a priori histórico y en otra perspectiva, más amplia y por tanto más difícil de captar, el espacio científico. Con estas figuras se ha querido diseccionar los textos *foucaultianos*, queriendo alumbrar el recorrido ya efectuado de una práctica interesada de lleno en los cambios del lenguaje.

Lo que se ha llamado bajo el título de *a priori* histórico no es más que el intento por mostrar las condiciones negativas de un tipo de pensamiento. Y a la vez, demostrar que los textos *foucaultianos*, escogidos en esta ocasión, se mueven aún sobre los pre-conceptos de la metafísica, rastreando por encima de la experiencia lingüística, los suelos que condicionarían los posibles campos de acción, para un saber científico.

Pero de otra manera, no se ha dicho que fue necesario el transcurrir de casi 18 siglos para hallarnos frente a la verdadera ciencia, ni siquiera que todas estas transformaciones hayan ocultado una plaga cuyo contagio no ha logrado extirparse del todo, esperando con calma el revelador momento de la edad Moderna. El espacio científico probará que cada época ha tenido su propia experiencia, de acuerdo a las condiciones dadas, y puede dar cuenta de una manera particular sobre su encuentro con la ciencia. Que unas edades sean más exactas que otras, no es razón suficiente para tacharlas, a unas de ilustradas y a otra delirantes. El espacio científico es la oportunidad del error y del poner a prueba la aparente metafísica en una ética del discurso científico. Entonces, cuando interrogábamos al discurso filosófico tratando de analizar las redes por donde surge el discurso político, lo que hacíamos era sacar a luz la discontinuidad del lenguaje y la interpretación de los enunciados.

Quedando de un lado el tema de la discontinuidad, nos quedará por advertir positivamente algunas particularidades acerca del término- quizás mal usado- de *Episteme*. Aparentemente, se confundiría con el espíritu o la conciencia social de los hombres. Desde allí podría validar la democracia y el estado civil; pero sin engañarnos, la *Episteme* está lejos de pertenecer a las buenas intenciones de la razón moderna. El paradigma que esconde el primer Foucault se localiza en esta recóndita descripción de las condiciones discontinuas en las que se suceden las transformaciones preservando un nivel epistemológico. Foucault ya no volverá a referirse con insistencia sobre el concepto *Episteme*, su evidente presencia no amerita volver sobre el tema constantemente, pues justo se trata de ese suelo donde se sitúa cualquier posible discurso. Foucault no se pondrá al nivel de su discusión contemporánea, sino que buscando por encima de ésta, obtendrá su sádica satisfacción. Su ansiedad por someter a los saberes del pasado, para que accedan al orden que les adjudica lejos de lo estrictamente formal y de lo lógico estructural. La *Episteme* es la atmósfera que cubre la geografía humana: un nivel en el que el lenguaje siempre tendrá una cálida acogida.

## **5.2. Conclusiones Arqueológicas:**

Aquí no sobraré un comentario final donde retomemos el método *foucaultiano*. No se trata de ponerlo en duda- ese trabajo se lo dejo a los obstinados lectores- ni mucho menos buscar la vulnerabilidad de sus propuestas, arguyendo estrategias retóricas, ya el lenguaje de Foucault ha atravesado desiertos más estériles que la frágil fortaleza de los ilustrados.

La arqueología como método, se nutre de las contradicciones, son su inextricable esencia. Se trata del discurso analítico que procura encontrar un principio de cohesión restituyendo, por medio de la discontinuidad, las formaciones discursivas. La búsqueda arqueológica “ha tratado de seguir el hilo de las analogías y de los símbolos pero en esta medida lo que se ha hallado es una temática más imaginaria que discursiva, más afectiva que racional, y menos próxima al concepto que al deseo”<sup>75</sup>. Tal temática constituye la consolidación de una ciencia literaria, en la cual el discurso puede leerse en sus múltiples presentaciones.

La arqueología define las reglas de formación en un conjunto de enunciados. Manifiesta el orden en un conjunto de acontecimientos que se convierte en objeto de discurso en su forma conceptual y teórica. Las diferencias que separan la Gramática, de la Filología dan lugar a una discontinuidad que valida toda una discusión analítica. Esto puede aclararse realizando un recuento arqueológico del lenguaje; cuyo éxito será posible en tanto se haya librado de dos modelos tradicionales: el modelo lineal de la palabra y el modelo del flujo de conciencia.

El análisis arqueológico pretende sacar a luz las positivities discursivas, como prácticas que tienen sus formas propias de encadenamiento y de sucesión. Tal parece que es posible atrapar a las formaciones discursivas, no por la disposición de las necesidades que se les imponen; más bien, en ese “desenvolverse” con su orden propio.

---

<sup>75</sup> *Ibíd.*, 251.

Acerca de las leyes de formación se debe tener en cuenta algunas excepciones: “no hay que olvidar, en efecto, que una regla de formación no es ni la determinación de un objeto ni la caracterización de un tipo de enunciación, ni la forma o el contenido de un concepto, sino el principio de su multiplicidad y de su dispersión”<sup>76</sup>. Reconociendo aquí, los parámetros de la discontinuidad en el discurso que propone una ampliación de los saberes. Así, se estimula la pluralidad de las leyes lingüísticas, para flexibilizar el orden de las palabras, adaptándonos a sus fronteras, no de una manera impuesta sino justamente a nuestra medida: Una mixtura variable da cabida a la ciencia Moderna que valida el ejercicio literario, posponiendo a término indefinido el hallarse dentro del dominio cerrado del análisis Clásico.

La contradicción funciona como principio del discurso. Allí, se oponen los fundamentos a la apariencia, como espacios de disensión intrínseca. Lo que aún queda en el aire es la incredulidad de los historiadores. En definitiva ¿Cuál es el papel otorgado a la historia en la descripción arqueológica? A pesar de vanagloriarse como articulaciones autónomas, las formaciones discursivas no se han quitado el yugo de pertenecer a la historia. Las marcas indelebles de la barbarie, traerán de vuelta a manera de recuerdo, el oscuro pasado de una civilización reciente. Pero sin mal entendidos, pues no se quiere rivalizar con los discursos para rescatar los más adecuados, siguiendo los objetivos trazados; se quiere de la historia rescatar el “nivel singular en el que ella puede dar lugar a tipos definidos de discurso, que tiene a su vez su tipo propio de historicidad, y que está en relación con todo un conjunto de historicidades diversas”<sup>77</sup>. Los cambios y las transformaciones que registra la Arqueología no son del todo reflejos de

---

<sup>76</sup> *Ibíd.*, 291.

acontecimientos culturales; hay en el borde de lo que podría significar la disciplina histórica un punto en el que divergen las disposiciones arqueológicas y solo en casos particulares se revelan hechos capaces de producir efectos opuestos en el saber humano. Por esto: “cuando la Arqueología recurre a la cronología, es únicamente, para fijar, en los límites de las positividades, dos puntos de sujeción: el momento en que nacen y aquel en que se desvanecen”<sup>78</sup>.

La descripción arqueológica se distancia de la historia, que la hallamos en la fenomenología *Hegelian*, donde se ubica una historia lineal marcada por la marcha consecutiva de la conciencia hacia el absoluto; pero la Arqueología no tiene como proyecto el superar las diferencias, sino mejor analizarlas en su fulgor múltiple, justo para diferenciarlas. Por ello, la Arqueología decide el campo sobre el cual recaerá su análisis. Sin buscar la totalidad de los márgenes, ha dejado de lado otras alternativas para el lenguaje, como lo fueron en su tiempo, la exégesis bíblica y la hermenéutica del lenguaje. La discontinuidad del discurso literario se ha librado con el diálogo de un defecto epistemológico, frente a un tipo de conocimiento positivo.

De esta manera, Foucault se halla al límite de la historia, arrasando con los imperios lingüísticos de la tradición filosófica. Y aunque haya sido un fiel seguidor de *Nietzsche*, la lucha más cerrada en los textos *foucaultianos* de los 60s, es contra su sombra. El paso que Foucault realiza y su máxima condecoración, es justo su huida de *Nietzsche*. Foucault se distancia del escritor alemán de la modernidad al presagiar la muerte del hombre. El objeto más reciente y el nuevo juguete de la ciencia es el hombre con su variedad discursiva; pero justo la inquietud de su posible

---

<sup>77</sup> *Ibíd.*, 277.

desaparición acosará la tranquilidad de los sobrevivientes de la posguerra. Sin embargo, como el nietzscheano que es, Foucault termina recayendo sobre las doctrinas modernas, al echar mano de un tipo de pronóstico más allá de su tiempo. Así como hay algo en el *Zarathustra* que aún le pertenece al sátiro de las estepas Áticas, también se halla en el umbral contemporáneo del discurso la última enunciación del superhombre.

Hemos visto como es posible el seguimiento de una ciencia literaria al interior de los textos *foucaultianos*. *Las Palabras y las cosas*, junto con la *Arqueología del saber* nos han conducido a ese momento privilegiado en el que podemos ser partícipes del incandescente brillo del lenguaje. Desde una obscura tradición de relatar anécdotas y tratar de asemejar el mundo a un primer dictamen; hasta un reflejo calcado de nuestro intelecto y cuyo rígido molde nos permite encasillar las mentes dóciles. Desde allí, la literatura surge invicta y siempre victoriosa conservando en su ordenada estructura, un cúmulo de estaciones por visitar. Tal teoría pretende ilustrar las exactas ecuaciones de la ciencia a modo de figuras discursivas.

### **5.3. Conclusiones Literarias:**

Hasta el momento, este trabajo ha conseguido desplegar desde las corrientes históricas, el discurso arqueológico sobre el lenguaje. Las fechas de sus edades ya se han inventariado, sus intenciones se han llevado al punto de referencia. Se ha acordado el sitio que en el cual los territorios arqueológicos surgen como dominios científicos del lenguaje. Podrá hablarse,

---

<sup>78</sup> *Ibíd.*, 279.

entonces, de la literatura como el ejercicio específico de un tipo de discurso que se encarga de preservar el ser del lenguaje en su libre acontecer. Podremos ver de donde proviene el afán por enunciar la práctica literaria en su discurso esencial: “la aparición de la literatura, de la literatura como tal, pues desde Dante, desde Homero, había existido en el mundo occidental una forma de lenguaje que ahora llamamos literatura, pero la palabra es de fecha reciente, como también es reciente en nuestra cultura el aislamiento de un lenguaje particular cuya modalidad propia es ser literario”<sup>79</sup>. Es así, como de ninguna manera podemos abandonar la promesa de un discurso diferente de los demás, la vuelta renovada de la existencia de las palabras, el sueño romántico de restituir en versos los impulsos de la pasión. La filosofía y la literatura serán figuras gemelas de un modo de ser moderno del lenguaje. Será cuando la reflexión trascendental abandone las absurdas categorías para referirse a una analítica de la finitud, que recobra al hombre en sus distintas experiencias discursivas. Hay una descripción apropiada para una fenomenología de la literatura: “El modo de ser del lenguaje, todo el surco de historia que las palabras hacen brillar en el instante en que se las pronuncia y quizás en un tiempo aún más imperceptible, sólo me son dados a lo largo de la tenue cadena de mi pensamiento parlante; en el fondo de todas las positivities empíricas y de aquello que puede señalarse como limitaciones concretas en la existencia del hombre, se descubre una finitud- que en cierto sentido es ella misma: está marcada por la espacialidad del cuerpo, por el hueco del deseo y el tiempo del lenguaje”<sup>80</sup>. El análisis del discurso ha dado lugar a una analítica de la finitud encargada de mostrar como lo otro, lo lejano, es también lo más próximo y lo mismo. Lo que buscamos no es la estructura específica de la literatura sino el dominio de su saber.

---

<sup>79</sup> Palabras. 293.

La relación literatura y filosofía justamente permite anticipar la oposición de un funcionamiento ideológico del lenguaje frente a la validez de un discurso científico de su saber. En este sentido, se ha tratado de plantear una historia epistemológica de la literatura o más bien, una ideología crítica; en suma, una arqueología del lenguaje, pues el ejercicio arqueológico trata de saber: “como un concepto- cargado todavía de metáforas o de contenidos imaginarios- se ha purificado y ha podido tomar estatuto y función de concepto científico”<sup>81</sup>. Pero con la literatura debemos admitir una excepción que le da un modo de ser particular. El recorrido del lenguaje literario ha puesto de lleno la formación de un discurso libre o de un discurso de los mismos discursos. La filosofía se referirá a ese espacio múltiple en el que los discursos flotan sin cesar.

Pensar la literatura se hace necesario pues se ha visto que el lenguaje cumple con la función primordial de dominar las contradicciones y desde su ser discontinuo, es posible plantear salidas que procuren la existencia latente del saber humano.

La primera filosofía, desde *Aristóteles*, *Descartes* y *Kant*, han tendido que enfrentarse el problema del discurso. Sus respuestas han dirigido al lenguaje más allá de su misma enunciación; arrancando las síntesis puras del impulso ligero de charlar. Al límite del clasicismo, la literatura trae consigo esa oportunidad de pensar una nación sin fronteras. La literatura puede ser política, en tanto que brinde la posibilidad de narrar los hechos del silencio y las voces que oculta el totalitarismo. La literatura es el espacio supremo en donde tiene cabida el discurso de los otros;

---

<sup>80</sup> *Ibíd.*, 306.

<sup>81</sup> *Arqueología*. 320.

tal vez sea la única ciencia capaz de reconciliar a las naciones en sus territorios discontinuos. A propósito de esto, habrá que hacer una salvedad. ¿Hacia dónde nos conduce la voz literaria?

En *El Pensamiento*, Michel Foucault nos plantea esos límites que rompe el discurso literario para situarse en las fronteras de lo mismo. Mediante las obras de *M. Blanchot* ha confrontado esas reglas literarias para ilustrar la contradicción. La voz que da vida a la palabra, encuentra su más fiel rival en la muerte. El lenguaje del discurso literario se ubica allí donde lo impensado habita y le adjudica un rostro que sigue siendo irreconocible; para escarparse ante cualquier intento por dominarlo. Así que, al pensar que sólo se hace literatura en el momento immaculado de la interiorización, estará obligado a quedarse con la superficie de sus privilegios. Antes, lo que debe hacer la literatura es permitir la apertura del ser del discurso, para que éste escape de nuevo: “la literatura no es el lenguaje que se aproxima a sí mismo hasta el punto de su brillante manifestación, es el lenguaje colocándose lo más lejos de sí mismo; y si, en esta puesta fuera de sí, desvela su ser propio, esta repentina claridad revela una distancia antes que un repliegue, una dispersión antes que un retorno de los signos sobre sí mismos”<sup>82</sup>. Queda claro porque al relatar los pasos arqueológicos del discurso, recorriamos al tiempo un territorio de siniestras relaciones y de ocultos prejuicios. La literatura está cargada de enunciados quiméricos que ridiculizan otras prácticas, pero que dentro de ella, nutren la gleba de su saber. Este es el camino hacia el afuera, el recorrido que nos lleva a la desaparición del sujeto parlante.

---

<sup>82</sup> FOUCAULT, Michel (1999) Obras Esenciales volumen I, Entre Filosofía y Literatura: El Pensamiento del Afuera. Trad. Miguel Moey. PAIDÓS. España. 299. En adelante se hará referencia como *Pensamiento*.

Con calma porque no queremos decir aquí, que sea necesario un exorcismo ni un Chaman que tenga el poder de reescribir el atroz desenlace de nuestro destino. La literatura escapa al pensamiento de lo verdadero, pues su misión será proteger la falsedad; reconociendo que en la oportunidad de errar se anida el puro sentido de lo que se dice. Si la literatura es un modo de la experiencia del afuera entonces acontecería: “la apertura hacia un lenguaje del que el sujeto queda excluido, la puesta al día de una incompatibilidad tal vez sin recurso entre la aparición del lenguaje en su ser y la conciencia de sí en su identidad, constituyen hoy una experiencia que se anuncia en puntos bien diferentes de la cultura: en el simple gesto de escribir tanto como en las tentativas por formalizar el lenguaje”<sup>83</sup>. Vemos como la discontinuidad de los discursos permite la creación de una ciencia cuya formación está condicionada a las referencias del lenguaje. Su interés inmediato es el de otorgar un orden de funcionamiento a las palabras; pero se trata de traducir el orden dormido de las cosas y hacerlo entonar las más bellas interpretaciones. Las referencias de la literatura están dispuestas en los innumerables códigos de una cultura, y solo de acuerdo a esto podrá algún día ella misma, servir de verdugo a su objeto consentido.

Aunque la literatura se haya compuesto como ciencia en la Modernidad no es un secreto que su presencia es un aporte que la historia no puede dejar de reconocerle. La literatura antigua ha sido una fuente recurrente para cualquier genio innovador. El afuera ya está presente en los discursos literarios de la prehistoria. Así, como las *Sirenas* entonan el miedo a lo oculto que con susurros incitan a *Odiseo* hacia el abismo: “Las *Sirenas* son la forma inasible y prohibida de la voz

---

<sup>83</sup> *Ibíd.*.

atrayente. No son sino enteramente canto”<sup>84</sup>. También en *Eurídice*, hay un canto que seduce y duerme a la muerte, prometiéndole a *Orfeo* el retorno de lo imposible: “Bajo los lamentos de *Orfeo* resplandece la gloria de haber visto, durante menos que un instante, el rostro de lo inaccesible”<sup>85</sup>. Es posible articular los pasos que recorren las formaciones discursivas en un nivel a-histórico sobre el cual ya han acontecido los principios nefastos de su desaparición. Desde distintos tiempos se ha enfrentado la literatura a su misma muerte; vendrá en la proximidad del tiempo una batalla en la que ya no podrá salir invicta. El éxtasis de su gloria será su propio veneno. El murmullo constante de sus enunciaciones será borrado por el exceso silencioso de los sueños nocturnos. El fin de la literatura se pone en evidencia en el mismo instante en el que *Nosferatum* hace su aparición en la pantalla del Cine.

El umbral contemporáneo de la literatura se halla definido por su eficiente desaparición. En la sociedad industrializada el discurso literario se ofrece al mejor postor de la subasta. El afuera de *Homero* y de *Dante* es el recorrido de su auto aniquilación. A diario se está expuesto a ser devorado por las sectas vanguardistas de la Industria Cultural: el fetiche a los Clásicos y el culto al autor es una confrontación en la que ya no se discute por los territorios literarios; más bien, tratan de levantar sobre la libre discurso, las murallas fuertes de su razón totalitaria.

---

<sup>84</sup> *Ibíd.*, 311.

## VI. BIBLIOGRAFÍA

FOUCAULT, Michel. *Historia de la Locura en la Época Clásica, TOMO II y III*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

FOUCAULT, Michel. *Las Palabras y las Cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. Elsa Cecilia Frost, SIGLO XXI Editores, México, 1997.

FOUCAULT, Michel. *Arqueología del Saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino, SIGLO XXI Editores, México, 1979.

FOUCAULT, Michel, *El Orden del Discurso*, Trad. Alberto González Troyano, lección inaugural en el *Collège de France* pronunciada el 2 de Diciembre de 1970.

FOUCAULT, Michel, *Obras Esenciales Volumen I, Entre Filosofía y Literatura: El pensamiento del Afuera*. Trad. Miguel Morey. Paidós, España. 1999.

---

<sup>85</sup> *Ibíd.*, 313.

